

Ac. Esp. II - 164

Sept

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALGEBRA DEL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO EL DÍA 1 DE ABRIL DE 1954
EN SU RECEPCION PUBLICA, POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. JULIO REY PASTOR

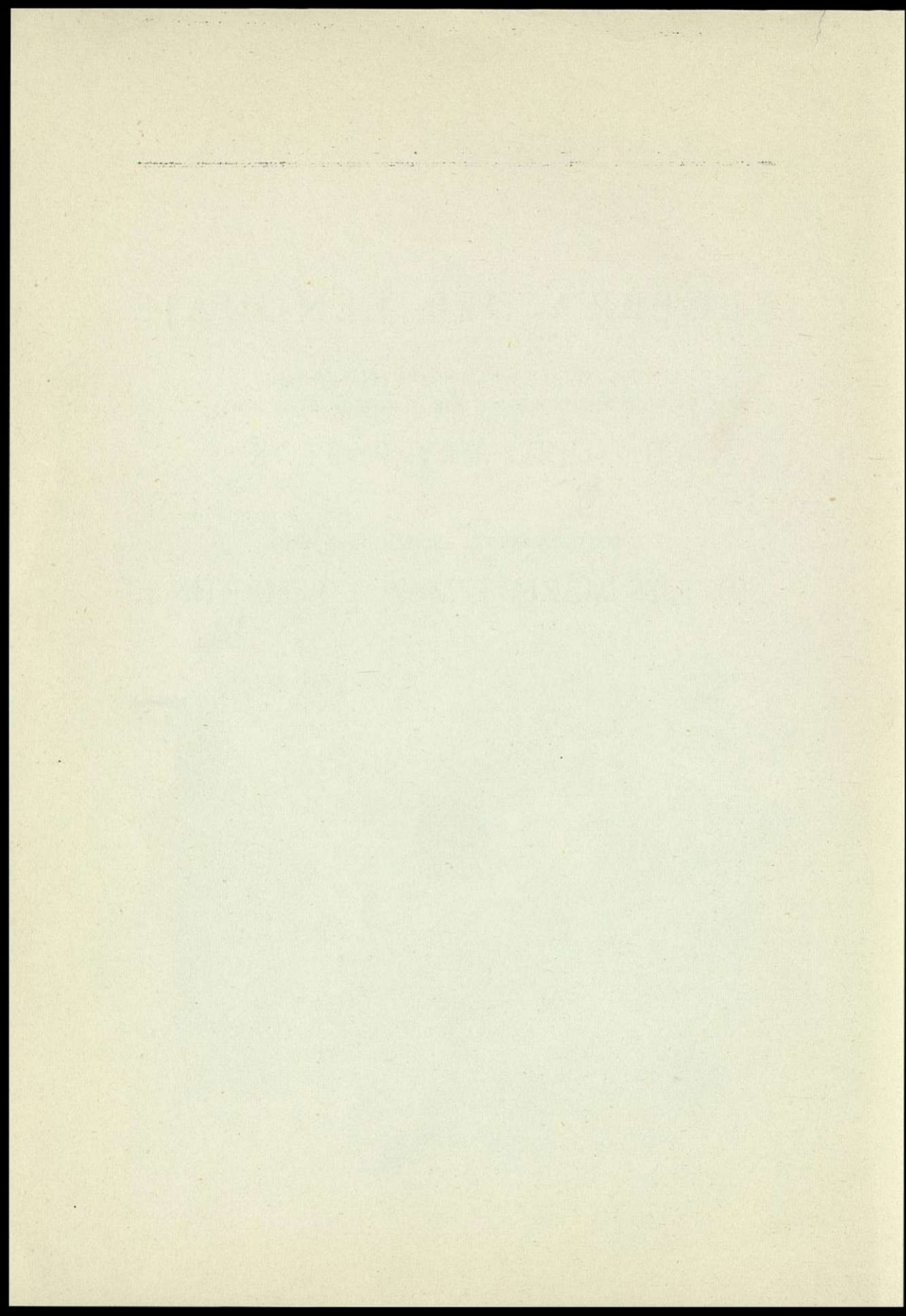
Y CONTESTACION DEL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. JOSE MARIA PEMAN Y PEMARTIN



M A D R I D

1 9 5 4



R. 57982

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALGEBRA DEL LENGUAJE

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 10 DE ABRIL DE 1924
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA POR EL SEÑOR GOBIERNO

D. JULIO REY PASTOR

Y CONTESTACION DEL SEÑOR GOBIERNO

D. JOSÉ MARÍA BERNAL Y BERNARDÍN

ALGEBRA DEL LENGUAJE

MADRID

1924



ALGEBRA DEL LENGUAJE

R. 58982

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALGEBRA DEL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO EL DÍA 1 DE ABRIL DE 1954
EN SU RECEPCION PUBLICA, POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. JULIO REY PASTOR

Y CONTESTACION DEL EXCELENTISIMO SEÑOR

D. JOSE MARIA PEMAN Y PEMARTIN



MADRID

Impreso en el taller de la Real Academia Española. Madrid, 1954. 9 páginas. 4 pesetas.

R. 28985

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALGEBRA DEL LENGUAJE

DISCURSO LEIDO EL DIA 1 DE ABRIL DE 1944
EN SU RECEPCION PUBLICA POR EL EXCELENTE SEÑOR

D. JULIO REY PASTOR

Y COMENTACION DEL EXCELENTE SEÑOR

D. JOSE MARIA PEMAN Y PEMARTIN



MADRID

Nuevas Gráficas, S. A.—Andrés Mellado, 18.—Teléfono 24 01 20.—Madrid

DISCURSO
DEL
Excmo. Sr. D. JULIO REY PASTOR

DISCOURSE

BY

FRANCIS D. JULIEN, PASTOR

SEÑORES ACADÉMICOS :

Encaramado sobre los hombros de un gigante, logré escalar un acceso al complejo problema del lenguaje, que creía impenetrable, acobardado ante el espectáculo de tantas y tan discrepantes teorías (*), cada una de las cuales conduce a una visión muy parcial, condicionada por el ángulo óptico impuesto por la metafísica en que comulga su inventor. 1.—Introducción.

Más transitable que los abruptos vericuetos metafísicos, es para mí la llanura de la Lógica, lindera de mi feudo ; en ella se cosechan más frutos que raíces, y la elevación alcanzada desde la altiplanicie sobre todos los senderos trazados por tantos filósofos, permite disfrutar en perspectiva escorzada del paisaje entero.

Con esta visión lógica de la trama del lenguaje acudo al honroso llamamiento, para integrar el cuerpo auxiliar de vuestras tareas lexicográficas, que siempre figuró en el elenco de esta Academia, en conspicua representación de las ciencias de la naturaleza y del espíritu ; aunque no todos sus componentes brillaran además en el arte del buen decir.

Generosa cortesía es la de recibirnos en pie de igualdad, sin distintivo peyorativo en la medalla que es vuestro emblema ; bien al contrario de otras instituciones, que procuran hacer visible toda discriminación. Solamente en el Anuario salta a la vista la genealogía de cada sitial ; y alto honor es para mí ocupar el de un prestigioso naturalista, D. Emilio Fernández Galiano, Director del Museo y Catedrático de la Universidad, a quien no llegué a conocer ; pero muy excelsas fueron sin duda sus virtudes, y profundo su saber científico, cuando todas las referencias que de él tuve fueron laudatorias sin discrepancia (3).

(*) La más reciente es la de BERTRAND RUSSELL (1938-1946), el gran lógico de este siglo ; disciplina emanante de su propia metafísica, que me orientó, pero no seguí.

De las precedentes teorías quedan enumeradas hasta una veintena en la nota (1) ; en (2) damos la respectiva bibliografía, que hemos podido consultar.

Bien está que biólogos y físicos integren vuestro equipo auxiliar, porque el léxico novísimo de entrambas ciencias va trascendiendo al habla popular, al compás de la evolución técnica de la vida; y quedaría trunco vuestro diccionario si se omitiesen muchas palabras ya vulgares; pero ¿qué atenuantes puede tener la amistosa parcialidad del grupo de académicos que apadrinaron a un algebrista, aficionado a evadirse de su abstracto ámbito profesional en correrías por campos de la Epistemología y de la Historia, es decir, un especialista matemático dos veces extravagante?

Flaco servicio a la Academia y grave riesgo para mí; pues obligado por la ocasión a disertar sobre cosas del lenguaje, que nunca había estudiado a fondo, arrojando por la borda todos los saberes que no sirven para esta oportunidad, un paso adelante, por camino ya transitado por los lógicos simbólicos, me ha conducido a un nuevo campo de laboreo, de cuya fertilidad me forjo ilusiones. Que nunca son tan peligrosas como en achaques de simbolismos; pues comienzan como juego, pronto engendran insoportable engreimiento, y terminan en obsesión. Pero antídoto eficaz contra la embriaguez adormecedora de la amistad es la estimulante crítica, tanto más cuanto más acerba y malevolente; y todo innovador debería iniciar su tarea con esta plegaria, probablemente compuesta ya por algún griego: que los dioses nos deparen muchos y buenos enemigos, cuyas certeras picaduras nos mantengan despiertos y en sano equilibrio mental.

El simple enunciado del tema—ALGEBRA DEL LENGUAJE—es ya despropósito bastante para irritar a oradores, escritores y poetas, señores del idioma por unánime consenso. Ya es freno bastante para la libre creación literaria—dirán con sobrada razón—el que nos impone la odiosa gramática, con que secos dómines nos atormentaron, para yuxtaponer a ese código formal otro semántico; albarda sobre albarda que nos trabará el cabalgar. Y si se desean alegatos ya hechos contra la nueva disciplina, desempólvense las galeradas de razones que los anti-gramáticos de todos los tiempos compusieron contra la creación aristotélica (4) (eso sí, respetando todos los cánones de la gramática más ortodoxa); pues, mudando lo mudable, algo nos aprovechará para el caso.

Pero, antes de transitar por nuestra vía, es forzoso desbrozarla, limpiándola de incógnitas: ¿qué clase de disciplina es la Gramática?; ¿qué es el lenguaje?

Si los teóricos de la Gramática no lograron puntualizar si es ciencia o arte, y en cada disyuntiva de qué especie sea, compréndese la desorientación de los profanos, incluyendo entre ellos, no solamente a los especialistas en otras ciencias, sino también a los literatos de todo género, empíricos del idioma, por inspirados que sean en su arte y fieles practicantes de las normas gramaticales, intuídas más que estudiadas.

2.—Gramática
y Ciencias
Sociales.

Ante la existencia, en todos los tiempos y países, de algunos escritores entusiastas de la Gramática, y de otros burlones o enemigos declarados, que se jactan de ignorarla—paradójica ignorancia, pues la crítica peyorativa exige más hondo estudio que el uso rutinario—, un poeta de calidad y, por tanto, filósofo, se preguntaba no ha mucho (1), preocupado ante el caso singular de esta disciplina apasionante: «¿Se concibe siquiera la existencia de partidarios y detractores de la Física?» Meditando breves instantes, salta a la vista la razón íntima del caso, que nada tiene de singular.

La Gramática es ciencia empírica, como la Física; pero no de leyes universales, sino estadísticas (*), a la par que todas las disciplinas sociales, en que la libertad individual no excluye la existencia de leyes colectivas. Pese a que el suicidio es decisión estrictamente personal, las compañías de seguros calculan en cada país y en cada tiempo un coeficiente numérico que mide esa eventualidad con aproximación bastante para no arriesgar sus dividendos (**).

(*) El *uso*, razón suprema en que se apoyan las autoridades lingüísticas de cada idioma para dictar sus normas, significa mayoría de votos; pero el recuento es *ad sensum* y con asignación de votos de calidad a los literatos que los censores juzgan más autorizados. En esencia, es el mismo proceso estadístico que en las leyes parlamentarias, votadas por mayoría en una minoría de ciudadanos elegida por la mayoría del país.

(**) Sería apresurado llegar desde este hecho a una conclusión determinista; porque cada cual sabe que está en su mano el modificar en una unidad el saldo estadístico de la gran masa. Pero ese influjo de voluntades libres se traduce en una media estadística que es función de las circunstancias locales, económicas y políticas del momento. Así, por ejemplo, puede elevarse muy tristemente por obra de un fanático, adueñado de un país; o simplemente, en menor cuantía, por la sugestión de una obra literaria, capaz de crear un clima de pesimismo y desesperanza, como acaeció con la famosa novela de Goethe.

Mientras en las leyes físicas no tenemos arte ni parte los humanos, en las normas estéticas, lingüísticas, ..., creaciones de los hombres para los hombres, todos tenemos arte y parte; y como ya se ha dicho del lenguaje, cada uno de nosotros, sin darnos cuenta y como por acuerdo tácito, colaboramos en la incesante reconstrucción (2). En este doble papel, de legisladores y súbditos, reside la especial fisonomía de sus leyes; que por no ser ineludibles como las físicas, sino convenciones impuestas por la costumbre, que igualmente podrían haber sido otras, si otra costumbre así lo hubiera establecido, humillan y disminuyen nuestra personalidad no tomada en cuenta, irritando nuestro amor propio; exacerban nuestra opinión, que no fué consultada, y suscitan, en suma, la misma rebeldía que las leyes penales o civiles, compuestas por sabios juristas, que en su fárrago casuístico olvidaron precisamente *nuestro caso*, el que cada *quidam* habría resuelto más a su gusto (3).

Si de la Gramática pasamos a la Semántica, dificultad y antipatía suben de punto. Al gramático le preocupa la concordancia de géneros, números y casos; que todos los vocablos, sin desliz ninguno, sean de los catalogados en la última edición del diccionario oficial, y que ostenten en su sitio el acento ortográfico, sin omitir ni agregar haches ornamentales; pero al inapelable intérprete y ejecutor del código gramatical, que es el censor de pruebas, poco le importa que tengan algún sentido esas páginas, declaradas correctas y listas para entrar en máquina. En cambio, los lectores no nos satisfacemos con la corrección formal, y requerimos algo más.

No exijamos—sería mucho pedir—que ese texto, gramaticalmente perfecto, diga verdades y no errores; no nos aflijamos aunque salten a la vista desatinos burdos y contradicciones palmarias; y concedido todo esto, no parece gran pretensión que lo escrito tenga algún sentido, verdadero o falso, pero claro, por deleznable e insostenible que sea. Sin embargo, esta condición mínima, que parecería la más fácil, es casi imposible de cumplir en cualquier esfera abstracta, que no sea la privilegiada Matemática.

3.-Significado
y lenguaje
abstracto.

Es lo que acontece a diario al periodista que se esfuerza en demostrar tridimensionalidad filosófica, o al menos erudición. Bien está, por ejemplo, el uso de las palabras «espíritu», «esen-

cia», y varias otras que en todo lector evocan, como evanescente eco de lejanas lecturas, vagas ideas de inmaterialidad, suficientes para dar la impresión que se pretende; pero el peligro comienza cuando el escritor, más atento a su lucimiento que a la comprensión del lector, esmalta su artículo con vocablos de más alta alcurnia. He aquí, por ejemplo, varias palabras afines: *espíritu*, *logos*, *pneuma* y *nous*, todas cuatro imbricadas entre sí, que desde su prístino significado material, de «aire o flúido liviano» se fueron sublimando, con matices diversos en cada sistema filosófico; y cuyo uso escueto e indistinto, extraído de fuentes diversas, nada dice al indocto e indigna al técnico. Dar sentido a cualquier párrafo en que figuren entreveradas, exigiría un repaso a fondo de toda la filosofía antigua (1).

Pero, ni siquiera con tan paciente análisis erudito, lograríamos dar a cada vocablo filosófico significación clara: una y sólo una; y ello por la especial naturaleza de esta disciplina, cuyos objetos tienen contornos imprecisos.

Hasta la saciedad se ha lamentado en todo tono la carencia de un lenguaje para la Filosofía, forzada a usar traslaticiamente el léxico vulgar, con superpuesta significación técnica, que se despega y olvida, con grave riesgo de confusión. Bienvenidos sean los neologismos, si son pertinentes y además sonoros, a enriquecer el caudal expresivo de la Filosofía; a condición de asignarles significación muy clara, para no acrecer más y más el inextricable caos; pero voy a permitirme, con irrespetuosa discrepancia, disentir sobre la mentada necesidad de crear un vocabulario especial para la Filosofía; clamor que, a fuerza de repetirse, es ya lugar común.

Del léxico más vulgar toma también la Matemática mil nombres, tales como *dominio*, *grupo*, *ideal*, *anillo*, *cuerpo*, *campo*, *filtro*..., que nada dicen sobre la esencia de los conceptos algebraicos por ellos designados; pero no es de temer que la vaga e involuntaria reminiscencia del significado original induzca a posibles confusiones; porque tales nombres vulgares son meros rótulos arbitrarios, sin la más remota pretensión definitoria; la definición clara y rigurosa está dada por el respectivo creador de cada concepto, con independencia total del membrete elegido, que sufre cambios frecuentes, más o menos arbitrarios.

Pero la dolencia de la Filosofía no radica en la vulgaridad

de su nomenclatura y en la carencia de nombres técnicos, sino en la fatal nebulosidad de sus conceptos y, por ende, en la fluctuante y contradictoria vaguedad de sus términos, mal suplidos por nombres vulgares, un tanto estilizados. Es la suya una enfermedad constitucional, que será incurable, mientras no surja el gran filósofo capaz de reorganizarla bajo nueva luz, axiomatizándola en lo posible, es decir, separando las nociones primitivas, que son indefinibles, y sus derivadas.

Hubiera adolecido la Matemática de esa imprecisión conceptual, y tal deficiencia técnica no habría trascendido a la lengua vulgar, que vive y prospera ignorando casi totalmente aquel mundo remoto; pero la Filosofía no es un orbe lejano, sino íntimo, cuya extirpación causaría graves desgarramientos en nuestro ser espiritual; omitamos en nuestro léxico todo el vocabulario filosófico y quedará un catálogo de seres y acciones materiales, apenas suficientes para una cultura primitiva.

Esta discriminación entre lo claro pero primitivo, y lo refinado pero confuso, es esencial en la Semántica, como pronto habremos de ver (2); pero cuidémonos de no confundirla con otra distinción radical: *lenguaje y metalenguaje*.

4.—Polémica
sobre el
lenguaje.

No ha sido improvisada en nuestro tiempo la elevación del lenguaje a la jerarquía de problema cumbre, entre los más altos de la Filosofía, dominante de sus problemas menores. La gran polémica que apasionó a las mentes medievales ante el «problema de los universales» giraba en torno de esta pregunta, a la par metafísica y gramatical. ¿Qué son en realidad los nombres llamados *comunes*? Por vías inesperadas, los diversos campos en que los hombres vivieron siempre separados, conscientemente o sin saberlo, según fuera su concepción del mundo, convergen, tras complejas sinuosidades, en esa encrucijada decisiva.

La dualidad perdurará sin duda; pero la frontera está ya delineada tan nítidamente, que el problema filosófico puede considerarse aclarado, pese a la simplista opinión del filisteo de la ciencia, que exige soluciones tajantes y excluyentes (*).

(*) Para él, un conflicto territorial entre dos países no quedaría resuelto con el claro trazado de la frontera en litigio; exigiría además la demolición de la cordillera o la desecación del río fronterizo. Por el contrario, significa valioso conocimiento filosófico el saber que dos provincias del orbe conceptual están separadas por ancho valle y no por escarpada montaña, aunque nos sea imposible su exacta ubicación.

Ante esa dualidad irreductible, simbolizada por Platón y Aristóteles, y por la convicción de llegar a uno u otro polo al elevarse en latitud, cualquiera que sea el punto de partida, la filosofía del lenguaje no apasiona ya. Para el idealismo espiritualista es fenómeno irreductible de nuestro espíritu, mientras el empirismo lo considera como uno de tantos fenómenos naturales. La polémica es inútil; porque situados en planos paralelos, los contendientes no pueden herirse; pero el análisis lógico del lenguaje, en su más amplia acepción, interesa por igual en todas las parcelas de ambos campos y de todos sus colindantes (*).

Sin incorporarnos a ningún partido, sin ascender siquiera a la abrupta región del pensamiento en que la idea metafísica es manzana de discordia, manteniéndonos prudentemente en la planicie más transitada de la Lógica, cabe dialogar en ella con todos los bandos, discutiendo serenamente esta cuestión que los separa: ¿qué es el lenguaje? Y una vez aclarado el punto, cabrá preguntar si es organismo lógico, ilógico o alógico.

Tras mucho leer y cotejar la bibliografía a nuestro alcance, observamos que cada escuela asume con orgullo una de las banderas, zahiriendo a los que ostentan las otras, pero sin esclarecer el porqué de la elección. El belicoso Croce lanzará los epítetos más hirientes contra los empiristas absolutos (1); y Vossler les imputará «la muerte del pensamiento humano y la ruina de la Filosofía» (2); mientras éstos retrucarán con el adjetivo «metafísicos», el más ofensivo del diccionario empirista, en el sentido para ellos más peyorativo (3).

El hecho de que en esta polémica abundan donaires e improprios más que razonamientos, indicio es de que el tema necesita algo más de sol para madurar. Y como es fruta de nuestro huerto, aunque a primera vista parecería muy lejana, bueno será cultivarla.

Pero pasar revista, por somera y resumida que fuera, a la veintena de teorías divergentes, elaboradas sobre el lenguaje por filósofos de todos los credos y tendencias, sobrepasaría los límites razonables que la costumbre tiene fijados para estos discursos; y ante tal imposibilidad, es forzoso moderar nuestro de-

(*) En la nota (1) de § 1 puede verse la lista de las más importantes teorías del lenguaje, con indicación somera de las respectivas metafísicas en que se apoyan.

seo, enfocando especialmente la atención sobre las dos posiciones antagónicas, entre las cuales podrá cada lector interpolar las restantes, estudiando la que resulte más de su gusto en la bibliografía pertinente, que en las Notas incluimos.

5.—Lógicos y
estéticos.

Antípodas en el orbe cultural los temperamentos poéticos y los lógicos, contemplan los problemas centrales del pensamiento bajo ángulos opuestos por el vértice; y natural es, por consiguiente, el desacuerdo entre la doctrina lógica del gigante Russell (1), que me orientó pero no adopté, y la teoría estética de Croce y Vossler, egregios espíritus afines por ideología y temperamento polémico.

Fructíferas para mí fueron las ya remotas, pero inolvidables charlas peripatéticas, con el fornido alpino por los parques bonaerenses; y las rápidas visitas, más recientes, en la casona solariega de Nápoles, al original estetista, llama siempre chispeante en el ya decrepito cuerpo. Fructíferas, porque admiré de cerca la simplicidad de sus almas y la hondura de su saber; fructíferas también, porque vi claramente la imposibilidad de aceptar sus postulados; y al elevar aquí mi discrepancia ante este areópago, rindo el más sentido homenaje a la memoria de estos muertos inmortales (2).

La posición de Vossler—lo sabéis como técnicos mucho mejor que este aficionado—dimana de la estética de Croce, levantada sobre dos pilares: el «concepto puro» de Vico y la «lógica trascendental» de Hegel (3). Adoptar aquella teoría lingüística significa ingresar maniatado en esta doble comunión filosófica, y dejarse conducir por ella, hasta sus últimas consecuencias contradictorias (4). ¿No es demasiado oneroso el sacrificio? Porque el lenguaje es una realidad anterior y superior a todo sistema metafísico; en su seno nacemos y morimos; por él es posible la sociedad, esto es, la inteligencia entre los hombres; gracias a él va ordenando el recién nacido el caos de sensaciones que recibe del misterioso universo circundante, hasta organizarlas en representación coherente.

Todo esto es obvio, incluso para el ciudadano idealista; pero desde su cátedra hablará de este modo altisonante: el lenguaje humano, como la voz de Dios, crea el mundo con la palabra; en el principio era el Verbo divino; pero el verbo humano prosigue constantemente la obra de la creación.

El filósofo idealista habla así, desde el Sinaí de su sistema, porque el mundo exterior no existe para él; sólo es legítimo hablar de nuestras sensaciones; y la actividad del infante, que hemos llamado «representación coherente del mundo», él la denomina en su lengua vernácula «creación del mundo». Eso es todo (*).

Pero la trinidad de teólogos tudescos que levantaron la imponente filosofía romántica, tan teológica como la del famoso obispo irlandés, fué más audaz todavía en su desafío; el Dios de Hegel, su «idea lógica, espíritu del Universo» es mucho más poderoso que el Dios de Berkeley; y como Croce se elevó más aún al cielo del «concepto puro», eliminando de un golpe los conceptos empíricos, es natural que desde su Olimpo vesubiano lanzara sus rayos contra Leibniz, contra los innovadores de la Lógica y contra el empirismo radical, vituperando a todos por incurrir contumazmente en el «error formalista, cuya causa es la *ignorancia* de la naturaleza alógica del lenguaje» (5).

En buena lid, ¿es legítimo llamar *ignorancia* a la disparidad filosófica que siempre separó a los hombres ante los enigmas del universo? Admitan enhorabuena Croce y sus secuaces, encastillados en la fortaleza lógica de Hegel, que el lenguaje *crea* el mundo; pero otros prefieren creer, con Bergson, que el mundo *existe*, abierto a nuestra intuición, capaz de interpretarlo, aun sin necesidad de lenguaje; y el empirismo radical, dentro de su credo positivista, degradará el lenguaje a la categoría de fenómeno natural, uno de tantos.

Son tres posiciones respetables, porque brotan de tres diversos sistemas metafísicos coherentes, arraigados en muchas mentes; es cierto que el positivismo se autointitula *ametafísico*, pero en verdad es *antimetafísico*, es decir, comulga con una metafísica de signo contrario, tan dogmática como cualquier otra.

Poca luz se proyectará sobre nuestra incógnita si desde cada bando se lanza a los otros la acusación de *ignorar* «la verdadera naturaleza» del lenguaje; pero algo sacaremos en limpio si,

(*) Es sabido que toda expresión como «el señor X» o bien «el Sol», se traduce a la lengua del idealismo subjetivo así: «el complejo de sensaciones que llamamos X» o bien «el complejo de sensaciones que llamamos Sol», quedando así eliminado el mundo externo; según dicen los secuaces de Berkeley es por razón de *economía* (¿?) que simboliza la llamada «navaja de Occam».

6.-Las tres funciones del lenguaje.

soslayando la irresoluble cuestión, nos preguntamos las funciones de ese instrumento humano, clasificando sus tipos; y extrapolando el problema, abordamos su más amplia generalización.

La contestación de los crocianos a la primera cuestión es rotunda: el lenguaje es «expresión espiritual del individuo». Reconozcamos honradamente que en el sistema de Hegel «expresión, designación e interpretación del mundo son la misma cosa» (1); pero, fuera de esa iglesia idealista, la «expresión» del estado psíquico del hablante es ajena a la trascendente misión del lenguaje como sistema de símbolos orales y escritos representativos, no sólo del mundo psíquico, sino también del mundo externo, en su estática y dinámica; y ajena asimismo a la tercera función del lenguaje, en que reside su valor intencional, de influir en sentido deliberado sobre el ánimo del oyente; función frecuente en la vida, y esencial en la oratoria (*). En síntesis: el lenguaje tiene tres funciones esenciales: *indicativa, expresiva e impresiva* (2).

Debería bastar la mutilación que le infiere la teoría de Vico, Croce y Vossler, para enfriar el entusiasmo de los filólogos que no aceptan íntegramente el credo hegeliano, cuya hora pasó. Pero, aun aceptada esta regresión, significa otra el desconocer la evolución del concepto del lenguaje, despegado del primitivo sentido literal desde la remota invención de la escritura, hasta llegar a la amplísima significación actual, que me atrevo a definir así, al margen de toda metafísica: «sistema de signos, sensibles o abstractos, representativos de un orbe de cosas y relaciones, con la triple finalidad indicativa, expresiva e impresiva» (3).

El lenguaje científico tiene solamente la primera; y sólo la tercera el lenguaje militar de mando; mientras la poesía lírica propende ante todo a la segunda; pero la torre de señales de un barco realiza las tres, cuando sus banderas dicen: «varado; necesito auxilio».

(*) ¿Qué sentido puede tener en el idealismo el emocionar, persuadir o irritar al prójimo, cuando éste no existe como tal, ni varía *mi* complejo de sensaciones, que yo llamo *prójimo*, si éste no deja traslucir su estado de ánimo?

Para el realismo no empírico tiene sentido decir: «X se ha convencido» aunque no sea *verificable*; y puede afirmarse como verdad: «X está convencido o no lo está»; o más exactamente debe apelarse a la lógica polivalente. En verdad, la lógica más adecuada es la del valor *continuo* de verdad, pues el convencimiento no es expresable por *no, sí*; exige la gradación continua de valores, expresada por la escala 0 a 1. Todo esto carece de sentido en el idealismo.

Aclarado así el sentido más amplio del concepto de lenguaje, y retornando al más restricto en que lo entienden los filólogos, es problema previo ineludible el de aclarar si es organismo lógico o ilógico; llana cuestión convertida por el partidismo filosófico en campo de Agramante.

El brioso Croce comienza arremetiendo contra el «error, bastante arraigado, de considerar al lenguaje constituido por elementos lógicos»; aunque estos descarriados reconozcan «como residuo de su análisis lógico, elementos ilógicos que denominan enfáticos, coloristas, musicales...» Pero de nada les servirá esta confesión, para merecer piedad por su nefanda y vitanda herejía contra el dogma crociano, según el cual en esos elementos ilógicos «se oculta precisamente el verdadero lenguaje que aquel análisis abstracto ha dejado escapar» (1). Con los improprios que por tal heterodoxia les dirige, se podría componer divertida colectánea (2); y tampoco Vossler se queda corto en la diatriba (3).

Más ecuánime Bally (4), al comentar una frase irregular de tres palabras, cuya fuerza expresiva reside en su entonación, comparándola con el frío desarrollo lógico de la idea así expresada, dice con toda razón: «es como si un cuerpo vivo se cambiara repentinamente en esqueleto rígido».

Adecuada es la imagen; y verdad palmaria es que la sonrosada piel y el brillo de los ojos han desaparecido en el esqueleto, pero ¿pueden existir sin él? Ningún logicista osó nunca (y así lo reconoce a desgana Croce) hacer pasar un esqueleto como ser vivo; más intrépido nuestro filósofo, nos sirve como tal un cuerpo deshuesado, «en que precisamente se oculta» la *verdadera vida*; pero en verdad tan muerto como el esqueleto mondo y lirondo que nos suministran de consuno la Gramática y la Lógica.

En la otra orilla—y la imagen es realidad, pues allí se instalaron en masa los logicistas europeos—no se desconoce que el lenguaje es algo más que la lógica; pero miran con despectiva sonrisa los modernos estudios de Estilística, clasificándolos como «Literatura» y «Metafísica» (dos malas palabras en su léxico) por ser inaccesibles al simbolismo de la Lógica.

El apasionamiento es tal en todas las facciones, que de ningún contendiente se arranca esta confesión simple y llana: el conocimiento del hombre y sus actividades físicas y anímicas, entre las cuales figura el lenguaje, quedará falseado y trunco si

omitimos alguno de sus integrantes. Para saber algo cierto sobre la risa, el llanto y el dolor, es necesaria la Fisiología, aunque no suficiente, como ingenuamente creía el positivismo; pues los fenómenos psíquicos exigen *además* instrumentos homogéneos con ellos; y aplicar la lógica simbólica a los estudios de Estilística, sería tan ineficaz como sondear el ánimo utilizando el trépano.

Esta polaridad extremada, en direcciones divergentes, que desconoce las infinitas latitudes del lenguaje, como la de todo mundo pleno, síntoma es de achatamiento mental, de visión monocular del Universo, que lo percibe como llano, simplificando la complejísima historia de la Filosofía, hasta reducirla a un inacabable juego de «cara o cruz». Como reacción contra los excesos metafísicos de la Romántica (cuyos representantes lingüísticos fueron Herder y Humboldt) sobrevino el positivismo; y hastiados de su reptar de oruga, decidieron Croce y Vossler seguir la estela del remoto Vico y resucitar el romanticismo, echándose a volar por el cielo de la fantasía, aplastada medio siglo bajo la rígida losa de la ciencia positiva.

De esperar habría sido que el sesudo alemán hubiera sosegado el ímpetu del fogoso napolitano, dándonos una visión integral del lenguaje; pero su especial preparación le impidió estudiar a los lógicos que refutaba, volcando toda su sabiduría lingüística—formidable según nuestros doctos—sobre el mismo platillo de la balanza en que Croce había puesto su alma entera, de artista y de luchador (5).

8.—Nuestra
posición.

Imitando a su maestro en la belicosidad, pero con amortiguado fuego (mayor diversidad suponíamos entre los Alpes y el Vesubio), Vossler rechaza de plano la logicidad del lenguaje, sin perder los buenos modales, afirmando: «En sí y por sí todo lenguaje es alógico.» «Un raciocinio o un sistema de ideas es lógico o ilógico, pero nunca la forma en la cual las ideas se expresan.» (1).

Muy razonable parecerá esta sentencia a los estancados en la vieja Lógica de proposiciones; pero, aun recluyéndonos en la restringida concepción de la lengua vulgar y de la poética, urge proclamar que además de ser «expresión anímica», es también, como quedó explicado, «representación simbólica de un cierto

orbe», que en este caso es el mundo psíquico de las percepciones externas e internas; luego el problema entra de lleno en la teoría general de las «correspondencias y representaciones»; capítulo vital de la Lógica, con que se inicia su prolongación inmediata, que es la Matemática, ciencia de las *estructuras*; y situada en ella esta faz de la cuestión, queda súbitamente aclarada; y hasta quedaría de plano resuelta, si no fuera por algunas complicaciones, que pronto surgirán.

Ante todo es perentorio formular dos principios, poco sabidos, porque los textos escolares suelen detenerse en Aristóteles y Euclides, como confines últimos del pensamiento humano:

1.º La Lógica, no solamente rige los raciocinios—como restrictamente dice Vossler—sino también las *clases* y sus *correspondencias*, y por ende el lenguaje, en contra de su rotunda negación.

2.º Diga lo que quiera Croce, no hay *una* Lógica, como no hay *una* Geometría; hay tantas *lógicas* como cuadros de postulados lógicos coherentes; y cada sistema axiomático constituye la definición implícita de un orbe ontológico, de una clase de seres, que pueden parecer idénticos, pero son esencialmente diversos, por tener relaciones distintas, regidas por tales postulados (*).

El río de Heráclito no es el río de Parménides, como el plano proyectivo no es el plano métrico euclidiano, ni los no euclidianos, aunque sus puntos y rectas parezcan los mismos. Los entes matemáticos de Brouwer y sus fieles intuicionistas son *radicalmente* distintos que los de Platón, Husserl o Hermite, y por eso están regidos por lógicas diversas (**).

(*) Llamar *Geometría* al conjunto o suma de todas las geometrías posibles no sería una réplica, sino una confirmación de la pluralidad de las geometrías; aparte de no merecer el nombre de suma la simple aglomeración de entidades heterogéneas.

Otra cosa es la *Metageometría*, según la nomenclatura de HILBERT, ya universalmente admitida.

(**) Esta diversidad *esencial* no se refiere a la *naturaleza* de los entes, pues Lógica y Geometría son ciencias *formales* y no *reales*; sino a la disparidad de *relaciones*. Los *puntos* del espacio intuitivo euclidiano forman un orbe muy distinto que el conjunto de todos los *planos*, en cuanto a la naturaleza de sus elementos; y, sin embargo, ambos espacios son *idénticos* en la Geometría proyectiva.

La obra, ya culminada, de la Axiomática ha consistido en desnudar las *relaciones*, prescindiendo de las *sustancias*, que han quedado relegadas al secundario papel de *ropajes* mudables para el armazón estructural; o de *contenidos* variables y arbitrarios para llenar los moldes vacíos.

Sentadas estas dos premisas, tiene sentido neto el problema :
¿Qué clase de organismo es el lenguaje, en cuanto correspondencia simbólica, y cuál es su lógica?

Si consideramos una lengua estática, terminada y perfecta, con su código de leyes generales y excepciones tabuladas (que también son leyes), tal como la conciben los gramáticos, es obvio que tal lengua queda enclavada en los dominios de la lógica aristotélica ; el principio de identidad aplicado a esa correspondencia especial que es el lenguaje, excluye los sinónimos ; y el principio de contradicción rechaza los homónimos.

Se explica así que la lógica clásica considere condición esencial para todo lenguaje o sistema de símbolos, la *unicidad* bilateral, es decir, la uni-univocidad : a cada signo un valor, a cada valor un signo. Obediente a esta exigencia, en todo idioma perfecto cada palabra debe tener un solo significado ; y cada idea (cosa o relación) debe estar expresada exactamente por una sola palabra o grupo de palabras, amén de otras muchas, aproximadas o semejantes. En suma : ni homónimos ni sinónimos ; la correspondencia entre signo y significado debe ser de uno para cada uno.

Pero hay un argumento de hecho que desvirtúa esa desorbitada exigencia : es la obsesionante preocupación de cumplirla que atormenta a los organizadores de lenguas artificiales, por considerarla mandato lógico imperativo, para simplificar y mejorar las naturales ; de donde fluye una u otra conclusión : o el espíritu matemático de los inventores exagera el valor de la unicidad, o las lenguas naturales, que pretenden mejorar, no la cumplen ; es decir, éstas son organismos ilógicos o contradictorios. Y las dos aseveraciones cuadran parcialmente con la realidad.

Pronto veremos, en efecto, la inocuidad de los homónimos, que conspiran contra el dogma de la unicidad, quedando así probada la primera. Sobre la segunda se entretuvo largamente nuestro laborioso Benot (2), ilustrando con ejemplos numerosos las arbitrariedades, las contradicciones, las asimetrías, que *afean* nuestra lengua (como acaece en todas), al decir de los espíritus geométricos ; pero que la *embellecen* ante los amantes de la naturaleza, quienes contemplan con dolorida resignación los feos engendros de las efímeras lenguas artificiales, trazadas con simetría de urbe americana.

La irregularidad es inherente a toda lengua natural ; por ser

natural y por ser histórica. Al pretender exteriorizar nuestra vida interior, es obligado que además de la faceta racional de nuestro espíritu, reflejada en la estructura lógica del habla, deben hacerse presentes en ella las facetas irracionales: sentimiento, fantasía, emoción, voluntad... La ilogicidad en el sentido aristotélico es, por ende, ineluctable; como lo es la inexistencia de toda ley estática; porque el lenguaje, producto biológico y colectivo, es por esencia dinámico, se hace y deshace incesantemente; y el inestable equilibrio de su vida es resultante de las acciones y reacciones entre los arcaísmos heredados que languidecen, y los neologismos, que pugnan por arraigar y subsistir.

¿Debemos, pues, plegarnos con el idealismo de Croce y Vossler, a su concepción anárquica del lenguaje, rebelde a toda disciplina lógica? No, por cierto. La conclusión es otra; obligada, pero sorprendente.

Puesto que el lenguaje no es un *ser* en el sentido de Parménides, sino un *devenir*, es decir, un acontecer mudable y siempre distinto de sí mismo, tal como Heráclito veía el ser, en su incesante dinamismo, forzoso es volver la espalda a Aristóteles, para refugiarnos en la lógica de Hegel, cuyas raíces buscan algunos en Raimundo Lulio.

Parecería, por ende, zanjada la cuestión a favor de la tesis de Croce y Vossler, basada precisamente en este sistema, en que Hegel llamaba Lógica a su metafísica idealista, mientras que su verdadera lógica recibió el membrete de *Dialéctica*. Pero quiso el Hado adverso que Croce, por fidelidad a Vico, adoptase la primera, dejando de lado la segunda (3), conduciéndonos tan singular eclecticismo a esta paradójica conclusión: es cierto que el lenguaje es alógico, si por Lógica entendemos, como ambos filósofos italianos, la de Aristóteles: y no puede obedecerla, porque su dimensión dinámica lo empadrona en la Lógica de Heráclito, en la de Lulio o en la de Hegel, que Croce repudia, y que Vossler no toma en cuenta.

Si algún dialéctico ha desarrollado el tema, que aquellos poetas del lenguaje dejaron escapar, es cosa que ignoramos.

Resistiendo la tentación del problema, y pasando de largo, sin mirar tampoco hacia el lado de las lógicas multivalentes, sigamos nuestro camino derecho, sin apartarnos de la lógica aristotélica, que con símbolos o sin ellos es todavía aplicable al pro-

9.— Claridad
y unidad.

teico lenguaje, si lo sorprendemos en *instantánea*, es decir, en un momento de su historia, prescindiendo de su lenta evolución.

Esta posición es la misma de los empiristas radicales, ya que su lógica es la aristotélica, si bien con apreciables mejoras y complicaciones; pero rechazamos la doble exigencia de claridad y unicidad, que encierra una condición positiva y dos negativas: inexistencia de homónimos y de sinónimos. Nuestra posición, triplemente adversa, es ésta: en el lenguaje culto la absoluta claridad es imposible, los *sinónimos* no existen y los *homónimos* son inocuos.

Sobre la imposibilidad de lograr precisión y absoluta claridad con los términos y proposiciones abstractas, fuera del simplicísimo tecnicismo matemático (*), ya hemos aducido en § 3 argumentos y ejemplos; de los otros dos puntos hablaremos ahora; pero no sin salir antes, lanza en ristre, al paso de esa exigencia de los lingüistas lógicos que, al exigir absoluta claridad, pretenden excluir toda palabra de significado confuso u oscuro, por inadmisibles en el discurso, a causa de ser rebelde al simbolismo logístico. Expulsadas de nuestro léxico quedarían, por tanto, las palabras Dios, moral, religión, justicia, libertad...

Pero basta muy somero conocimiento de la Historia humana para recordar que son tales ideas y palabras muy confusas las más decisivas en la marcha de la humanidad; son ellas las que han espiritualizado al hombre y las que en los azares de los siglos lo sumen en la abyección; por ideas y palabras confusas sacrifican muchos hombres el bienestar y aun la vida, mientras las ideas más claras les son indiferentes y nunca engendraron mártires ni héroes.

¿Pero acaso en la ciencia positiva—se preguntará—no son indispensables las definiciones y las ideas claras? En ella, como en la vida, son necesarias, pero no suficientes; las ideas más transparentemente claras son las que ya han pasado a los textos didácticos, es decir, las que ya están muertas; y dejan de ser claras en cuanto se analizan con profundidad (**); el investiga-

(*) Si alguien considera exagerada esta aserción, compare varios diccionarios filosóficos, donde se definen ampliamente los conceptos abstractos del lenguaje vulgar y los términos técnicos de la Filosofía.

(**) Definiciones claras cree dar el maestro de escuela, o el diccionario de la lengua, de las palabras *número*, *magnitud*, *vida*...; pero consúltese a un matemático, a un físico, a un biólogo, y aparecerá bajo ellas un nebuloso abismo.

dor que explora las fronteras de cualquier ciencia debe gozar del don de la entrevisión, de ver confusamente a través de neblinas y malezas, que ocultan la caza mayor, y debe saber caminar con pie seguro en las sombras de la noche, hasta el amanecer de la verdad.

En las ciencias, como en la vida, poseer solamente ideas claras significa incapacidad para el descubrimiento, carencia de toda finura intelectual, simplicidad mental, que reduce a grotesca geometría la inextricable complejidad del mundo.

Mente diáfana, si las hay, fué la de Pasteur, que condensó así este pensamiento: «Compadezcamos a quienes solamente tienen ideas claras» (*). Apotegma que probablemente entenderán torcidamente las mentes confusas, las que refractan y oscurecen toda luz; y para ellas conviene completarlo así: «Compadezcamos mucho más a quienes solamente tienen ideas confusas».

Proclamado ya el derecho a la vida discursiva de las ideas místicas, religiosas, metafísicas y poéticas, cuyo orbe nebuloso (1) exigirá tratamiento especial en este mismo discurso, analicemos ya la doble condición de unicidad, que nos imponen los logísticos.

La existencia de homónimos es fortuita e intrascendente concurrencia de ideas lejanas en torno de un mismo símbolo oral. Aquí, como en el simbolismo matemático, en que la escasez de letras obliga a la multiplicidad de significados, o como en la apellidación de personas, la persistencia consuetudinaria de una sola denominación para seres muy distintos no emparentados, es buena prueba de inocuidad; si así no fuera, y ese uso pudiera acarrear confusión, el propio uso habría desdoblado en varios el vocablo multivalente, para evitarla.

La unicidad de la correspondencia entre símbolo y significado, no pelagra por los homónimos, que prácticamente son palabras distintas e inconfundibles; en cambio, es ilegítimo y peligroso abuso el tomar como sinónimas voces que sólo son afines, desnaturalizando así su correcto significado, y perdiendo la frase toda justeza y propiedad.

(*) Huyamos de toda persona que presuma de tener un repertorio de ideas claras y simples para todos los problemas políticos. Si no es un tirano sanguinario en potencia, es un estólido al natural, o adulterado por la lectura indigerida.

10.—Homónimos, sinónimos y tropos.

Pero acontece aquí el mismo hecho estético que en todas las bellas artes : la pequeña inexactitud, que es fealdad, se convierte en belleza cuando los entes que se identifican son muy distantes, pero idealmente conexos. Tal sentido figurado, que nos hace descubrir esa inesperada comunidad entre entes muy lejanos, al conjuro del tropo (1), nos place porque toda relación de *semejanza* (metáfora), de *inclusión* (sinécdoque) y de *correspondencia* (metonimia) descubierta en el universo, nos aproxima a la unidad, que soñaba Descartes ; y además, porque el descubrimiento es del propio oyente o lector.

Valga o no esta explicación, sólo interesa aquí el hecho (justificado en las notas) (2), de que todo tropo equivale a la introducción de homónimos y sinónimos artificiales, sin novedad ninguna para nuestro problema algebraico. Ahora bien : ¿ existen sinónimos naturales ?

Es ley empírica que, cuando un idioma dispone de dos voces, sinónimas por su etimología, el uso las dializa, separando paulatinamente sus significados, hasta que dejen de serlo. Como tales figuran, por ejemplo, en los diccionarios, las palabras *blanco* y *cándido*, *blancura* y *candidez* ; pero muy amanerado y pedante será el que todavía las identifique ; pues tanto se distanciaron con el tiempo, que los candidatos de ahora nos vestimos de negro, perdiendo así la candidez externa (además de la otra, que nunca existió en nuestro sentido actual) aunque el nombre *candidato* deriva de su alba vestimenta.

No todos los ejemplos de voces que fueron sinónimas son tan extremados como éste ; pero en todos se observa la misma ley diferenciadora ; y por esa lenta acción de diálisis, que evita el despilfarro de símbolos y acrece el caudal de significados, puede concluirse la inexistencia de sinónimos. Como bien dice Vossler, sólo en Lógica puede haber voces y frases sinónimas ; y a estas últimas se las llama *tautologías* (3).

Las voces que el vulgo considera grosamente como sinónimas son palabras más o menos afines, pero de significación muy distinta, que el escritor no debe identificar. Ideal de exactitud expresiva sería escoltar a cada substantivo con la gama de adjetivos que calificasen sus diversas cualidades, formando con ellos el *espectro* de la substancia. Pero como ese *análisis espectral* del lenguaje sería difícil y tedioso, es más cómodo y de mayor lucimiento un cortejo de adjetivos sonoros para cada substantivo,

extraídos de cualquier repertorio, aunque en cada hilera haya uno, a lo sumo, que corresponda al caso. Omítanse los otros, dejando el exacto, y se habrá cumplido la regla de Pascal sobre el estilo: que nada falte y que nada sobre (4).

Mientras el lenguaje, como tantos fenómenos naturales, se rige por la ley de economía del esfuerzo, sus escritores, jardineros de floripondios, suelen propender al esfuerzo máximo; pero ideal de hablante es imitar a la naturaleza, ahorrando inútil palabreo, con el vocablo señero y ceñido. Es, en suma, el estilo que llamaríamos atlético, vigoroso pero exento de adiposidades, orientado según el rumbo de la esbelta desnudez, trazado a las bellas artes por la escultura (5); estilo al que Azorín ha llegado, después de superado aquel otro, algebraico y esquelético, amanerado en demasía, con que logró provocar una reacción saludable en nuestros exuberantes prosistas (*).

También es tentador el problema del estilo (1), y tampoco podemos tocarlo, porque mucho nos falta aún por discutir sobre otras afirmaciones de los filólogos acerca del tema lógico, que es el nuestro.

11.—Isomorfismo interno del lenguaje

Llamaremos A a una representación psíquica (*Vorstellung*), y sea B el significado acústico o gráfico que el lenguaje le adjudica. Con esta notación, Vossler sostiene las tesis siguientes (2):

- 1.º «A=B es para ellos (los verdaderos artistas del lenguaje) un postulado y no un teorema.»
- 2.º «A=B es la condición fundamental de nuestra vida espiritual. Quien la niega comete un suicidio intelectual.»

Ni postulado, ni teorema, ni suicidio; pues la igualdad o identidad A=B, entre entes de dos mundos dispares, carece de sentido.

La identificación de ambos es quizás admisible en alguna cultura mágica, en que la palabra *participe* del objeto, es decir,

*) El exceso de tejido adiposo, que afeaba aquella prosa, y la mala calidad de sus afeites, atentaban contra la salud del idioma; pero «quedarse en los huesos», signo de muerte es y no de vida. Lenguaje desnudo, sí, pero no esquelético (6). Afortunadamente, nuestra lengua ha llegado ya, en manos de innumerables escritores, a un sobrio vigor expresivo.

Las metáforas no deben considerarse *adorno*, si son exactas, porque aclaran sentidos y descubren esencias; y en Filosofía son indispensables, porque son su lenguaje. Sobre el concepto de *adorno* es curioso leer a los escritores románticos (7).

sea parte integrante de él; y bien conocida es también la identidad pitagórica *cosa = número* (ejemplo: 2 = Matrimonio); pero nuestra civilización empírica y experimental, es decir, descreída y desconfiada, no cree ya en la suplantación de las cosas por las palabras, para cocinar ningún guiso; sustitución que sería condición ineludible para justificar esa fórmula $A=B$, según los cánones de la Lógica tradicional.

Desechada esa ecuación lingüística, sin apelación posible, lo que Vossler quiso exigir probablemente, no es la imposible *igualdad*, sino la *conservación de la igualdad*; es decir, el postulado siguiente: «Si B y B' son los signos lingüísticos de A y A', y es $A=A'$, también es $B=B'$, y recíprocamente». Doble condición que caracteriza la doble unicidad de la correspondencia, esto es: la inexistencia de homónimos y sinónimos; punto de vista que ya hemos sostenido (§ 10), coincidiendo esencialmente con el gran filólogo. Pero falta calar más hondo.

Quienes admiten la—para nosotros—inconsistente ecuación, «obedecen—dice Vossler—los preceptos de su naturaleza». Con óptima voluntad vamos a suponer que él y ellos ven en la criticada fórmula $A=B$ algo mucho más profundo que la mentada unicidad entre los dos orbes; y que no acertaron a expresarlo, por fatal desmaña algorítmica.

Esta relación, más íntima que la simple correspondencia aritmética (uno a uno) atomizadora de entrambos mundos, es la que podemos llamar funcional, integral u orgánica; es la que conserva la *estructura*, es decir, todas las relaciones, hasta el punto de realizar la identificación de los dos, si se consideran, no como conjuntos de cosas, sino de relaciones. Esta correspondencia elevada a la categoría de identidad abstracta, se llama *isomorfismo*.

Pero, en este caso especial del lenguaje, acontece un hecho singular: la unicidad de las palabras y frases implica ya el *isomorfismo*, porque entre esas palabras y frases están las que expresan relaciones. Llegamos así a una conclusión, opuesta a la de Vossler: El lenguaje vulgar es una *estructura lógica*. Y precisando más, con tecnicismo adecuado, enunciaremos así nuestro teorema:

El lenguaje, limpio de homónimos, es un álgebra isomorfa con el mundo psíquico de las percepciones externas e internas.

Si designamos por α ese mundo y por β la lengua entera puesta en acción, es decir, el conjunto de todas las oraciones sim-

ples y compuestas, con los variadísimos matices e inflexiones que sus artistas saben dar al idioma, aquella insostenible ecuación $A=B$ entre los átomos, que no son comparables por su heterogeneidad, queda sustituida por esta ecuación de significado muy abstracto entre los dos orbes de inmensa complejidad: $\alpha=\beta$; donde el signo $=$ denota el *isomorfismo* entre ambos.

No figuramos en ninguna de las dos clases en que Vossler dividió a los humanos: *suicidas*, los que niegan el postulado $A=B$, y *obedientes* los que lo admiten; al sostener que tal ecuación carece de sentido, ingresamos en una tercera categoría de *críticos*; pero críticos benevolentes, pues hemos procurado salvar algo de esa arriscada incursión en la Lógica (3).

El poder clasificador del lenguaje, y por ende su eficacia cognoscitiva, han sido reconocidos por las diversas escuelas filosóficas, sin explicar bien dónde reside su poder. Adoptadas las categorías aristotélicas, la terminología algebraica permitiría caracterizarlas así: «Las categorías son invariantes respecto a las operaciones $+$ y \times , es decir, cada categoría admite la suma y el producto lógicos». Esto equivale a expresar la invariación respecto de la *disyunción* y *copulación* (*), como se comprueba fácilmente examinándolas una a una (1). En esta propiedad algebraica de las categorías aristotélicas, que no tienen las kantianas (2) radican, como veremos, el misterioso poder cognoscitivo del idioma; pero conviene comenzar por el principio.

La Historia universal, el Registro civil de todos los países cultos, los diccionarios biográficos, geográficos..., nos suministran los nombres propios de las personas y cosas reales o abstractas dignas de nota que lo tienen; el diccionario de la lengua nos da los nombres comunes y adjetivos de casi todas las clases de seres que merecieron denominación; en una palabra: tenemos tabuladas *substancias* y *accidentes*; y las restantes categorías aristotélicas (3) están expresadas por las diversas clases gramaticales: *acción* y *pasión* por los verbos activos; *lugar* y *tiempo* por los respectivos adverbios; etc.

Mucho habría que aclarar sobre esta interpretación categorial

(*) A quien ignore estas viejas nociones de Lógica bástele saber que la *copulación* de dos clases o predicados, A y B, se llama *producto lógico* y se representa $A \times B$; la *disyunción* A o B se llama *suma lógica* y se simboliza $A + B$. Signos también usados son \cap y \cup .

12.-Valor cognoscitivo del lenguaje.

de la Gramática ; pero aceptada como satisfactoria, desoyendo a los hegelianos, salta a la luz que la clasificación de cosas y relaciones que al hablar realizamos, por la ordenación y enlace de palabras, equivale a su clasificación en categorías lógicas ; ahora bien : esto y sólo esto, es el conocimiento, dentro de la Gnoseología más clásica. En otras ulteriores es algo más o algo menos ; pero en todas es legítimo decir, con tolerante amplitud, que el lenguaje nos da *un* conocimiento (4).

He aquí un tríptico en cuyas tres tablas cabe toda la Gnoseología : *Percepción, Lenguaje, Verdad*.

Ya Sócrates rectificaba la identificación de Teeteto entre *conocimiento* y *percepción*, pues hay conocimientos que no son percepciones ; algo parecido dicen los *fisicalistas radicales*, que integran una secta del positivismo lógico (*) ; pero su sentido es muy diverso ; pues el *conocimiento*, que para ellos coincide con la *verdad*, tiene valor relativo, respecto de un sistema de *Protokollsätze* (5). Tales *proposiciones básicas* son las que surgen de una percepción cuya evidencia es la garantía de su verdad. Son, pues, «proposiciones empíricas indemostrables».

Para Neurath, Carnap, Hempel..., una proposición es «verdadera dentro de un sistema», si es compatible con él ; la verdad no puede derivar de ningún acaecimiento no verbal ; «el mundo de las palabras—como interpreta Russell—es un mundo encerrado en sí mismo, y el filósofo no debe ocuparse de nada ajeno a él.» En suma : la verdad es *relativa* : es un concepto *sin-táctico* y no *semántico*. Estos logísticos extrapolan, pues, al saber empírico, la estructura de la Matemática y la Lógica, en que la verdad resulta de la *forma verbal*, cualesquiera que sean los materiales con que rellenan sus moldes vacíos. Su criterio de verdad, como en Hegel, es la *coherencia lógica*.

La opinión de Russell, padre de la escuela logística, formada por especialistas muy expertos, pero de miope visión filosófica, no es sospechosa de animosidad contra ellos ; pero un análisis exhaustivo, al que ha dedicado gran parte de su último libro, le conduce a conclusiones muy desfavorables (**) sobre

(*) Es la escuela designada bajo el n.º 18 en nuestra clasificación de § 1.

(**) He aquí las más salientes : 1.ª Es absurda toda la teoría (pág. 182) 2.ª Después de protestar de ese desvestimiento de *significación* que hacen sufrir a las proposiciones empíricas, y de adoptar la «teoría de la correspondencia» de TARSKI para definir la verdad (en esencia es la de SCHLICHT) cali-

el fisicalismo de Neurath ; y después de rechazado el empirismo puro, y el agnosticismo metafísico, por ser contradictorios consigo mismos, vuelve la vista al viejo racionalismo, para concluir que la «Sintaxis lógica», o sea, el *razonamiento*, puede darnos «un conocimiento considerable de la estructura del mundo».

Soslayando la peligrosa tentación, y esclarecidos ya los primeros problemas de la *logicidad interna*, de esa misteriosa correlación entre dos mundos heterogéneos y heteromorfos, que los algebristas calificarían de isomorfismo, cabe preguntar por la *logicidad externa* con respecto de otros mundos conexos con él ; y como el más cercano es el biológico, surge súbitamente la oscura correlación entre sexo y género gramatical ; con materia bastante para muchos discursos, pero ajena a éste. Debo, pues, dejarla de lado ; tanto más, porque nunca entendí el cómo y el porqué de esa asignación de *sexo* (pues eso quiere decir *género*) a las cosas inanimadas. Muy sólido no debe de ser su fundamento, cuando Sol y Luna tienen sexos contrapuestos en alemán y en las lenguas latinas. Sea porque la fonética de cada palabra predetermina su declinación, sea por razones que los doctos sabrán (1), hay que admitir el hecho, y no debe repugnarnos masculinizar a nuestro satélite ; mucho menos, por cierto, que hacerlo con su celestial hermana Venus, por mandato de nuestra gramática ; pero esas causas, desconocidas para mí, que hicieron de género neutro a todos los diminutos alemanes, y entre ellos a todas las muchachas (*Mädchen*) y a todas las señoritas (*Fräulein*), nos sumergen en un piélago de confusiones.

Hubieran usado los primeros gramáticos cualquier otra nomenclatura para distinguir las tres clases o conjuntos de seres, y no habría surgido obstáculo ninguno ; pero esas denominacio-

13.-Los poetas
y la lógica.

fica de *verbalistas* tales teorías, que a fuerza de ultraempirismo desembocan en un arcaico misticismo neoplatónico (pág. 183). 3.^a Tras el análisis de capítulo XVII («Verdad y experiencia») resulta la existencia de proposiciones *verdaderas* pero no *conocidas*; la verdad es concepto más amplio que el *conocimiento*. 4.^a En el borde mismo de su idealismo y abandonando de plano el *empirismo puro*, por ser contradictorio consigo mismo, no vacila RUSSELL, tras su estudio lógico de capítulo XIX, y de su análisis del «principio del tercero excluido» (cap. XX) en formular valientemente en capítulo XXI esta conclusión : «hay principios de inferencia que no son demostrativos ni derivables de la experiencia». (*An Inquiry...*; edic. arg., Losada, 1946.)

nes tan auténticamente biológicas (*) son las causantes de que el idioma vivo, inocente de tales rotulaciones, sufra la acusación de ilogicidad, sólo imputable a sus gramáticos.

Es claro que ese desacuerdo apenas si es notado por quien aprende la lengua empíricamente, oyendo y leyendo; pero desconcierta a todo extranjero estudiante de la Gramática. Y el mal habría sido irremediable sin la audacia de los poetas, que en uso y abuso de sus fueros, se van permitiendo, con giros heterodoxos (2), condenados por los gramáticos actuales, enderezar el entuerto que sus pretéritos colegas hicieron al idioma. Fué un mal convertido en bien; pues en sentir de egregios filólogos, incluso de filiación idealista y alógica, la propensión de todo lenguaje hacia la regularidad lógica (3), logrará a la larga que por «la simple repetición de tales construcciones *ad sensum*» muchachas y señoritas recobren su femineidad gramatical (4).

Debo pedir disculpas por la incursión en ajenos dominios, a que me ha obligado el tema de la logicidad; pero sin sentir contrición; porque en ese ejemplo, como en tantos otros, corroborando mi tesis, viene la alada hueste de los poetas a imponer orden, es decir lógica, en el reino del mal uso, hecho ley por la simple virtud de su repetición. Del lenguaje poético habré de hablar aún, viendo con sorpresa en él mayor coherencia lógica que en la lengua vulgar, que ellos enriquecen y rectifican, por la divina facultad de su doble vista y la fuerza de su audacia (**).

Los gramáticos de todo tiempo y lugar, atentos a su oficio, observaron sin duda tales audaces innovaciones en el idioma; pero siempre con juicio peyorativo, para clasificarlos como incorrecciones punibles que lo afean; cuando, muy al contrario—dejando aparte desmaños y desaliños de escritor inhábil—entre esas trasgresiones gramaticales figuran precisamente los giros que lo embellecen y le infunden vida, inventados por los artistas del buen decir.

Esa misión policial, que desde tiempo inmemorable asumieron los gramáticos, descargando palmetazos sobre cada originalidad, desató contra la inocente disciplina aristotélica la general antipatía de que goza. La cual se acreció con el advenimiento de

(*) Género= sexo=*Geschlecht*; masculino=*männlich*; femenino=*weiblich*; neutro=*Geschlechtlos*.

(**) Por abusiva extrapolación del concepto se incluyen en la grey poética muchos escritores en líneas desiguales que tienen la segunda virtud y no la primera. Por algo los excluyó PLATÓN de su «República».

la lingüística y la aparición de los neogramáticos positivistas, bien pertrechados de Historia y Filosofía, contra los cuales arremetió briosamente el juvenil Vossler; con alegría efímera de los comulgantes en el idealismo, pues en nuestros días pululan redivivos en el empirismo radical, acorazados en su formidable armadura algorítmica.

Si cada frase no fuera más que una suma de palabras de significado unívoco, la teoría lógica del lenguaje quedaría terminada con el teorema del isomorfismo que en el § 11 hemos desarrollado; pero la realidad compleja desborda este marco estrecho, que necesita refuerzo.

14.- Multiplicidad de significados.

Los diccionarios procuran dar para cada palabra sus diversas acepciones; y aunque inevitablemente se les escapan algunas, bastan casi siempre las que enumeran, y a veces numeran, para asignar a cada palabra de una frase la acepción que por contexto le corresponde. Baste un ejemplo de esta manera de tratar como homónimas los dos vocablos que suelen considerarse como único repetido, cuando en verdad son dos, por su diversa colocación.

Llama Vossler «error particularmente gracioso y de bulto» a esta frase tomada de una revista humorística berlinesa: «Este camino no es camino» (1). Por el contrario, desde nuestro punto de vista, la frase es perfectamente correcta, además de expresiva; tanto en alemán como en cualquier otra lengua, las dos grafías semejantes simbolizan palabras homónimas, es decir, de distinta significación, y basta colocarles los subíndices 2 y 1 de referencia a nuestro diccionario, tomando de éste las que llevan esos números, para que resulte el clarísimo significado: «Esta *via*, *construida para transitar*, no es *transitable*».

Premio y no condena, según nuestro juicio indocto, merece tal juego de dicción (*), digno de pasar a la Retórica, en un capítulo que analice los muy variados y sorprendentes efectos de significación logrados por cambios de lugar en las palabras; problema tangente con la «Gramática psicológica», que pretende superponer a la vieja Gramática una revaluación de voces y oraciones, según la intención del hablante y la comprensión del

(*) Del mismo tipo son otros dos, usados en § 15 para avaros y matemáticos, en que se repite con diverso sentido la palabra *miseria* o *complicación*, respectivamente.

oyente ; pero las inacabables polémicas en que se trenzan de continuo cuantos se ponen a la búsqueda del «sujeto psicológico», muestran bien a las claras la inmadurez de esta disciplina (2). Quede aún en el vivero, y cultívenla sus consagrados, hasta que llegue a sazón. Para nuestro tema nada necesitamos de esa gramática ; y prudencia es no embarcarse en nave de flotación dudosa.

Es, en cambio, esencial ahondar el concepto de *homónimo*, tocado levemente al pasar, en un párrafo anterior. Echese la vista a cualquier frase prosaica, tal como ésta que acabamos de pronunciar, y se verá cuánto abundan las palabras dichas con sentido figurado (al menos una decena hay en este par de líneas) ; porque la insuficiencia de las heredadas del latín obliga al uso múltiple. Sobre el primitivo sentido rústico que nos delata la etimología, se han superpuesto en una sola palabra significaciones diversas, aptas para representar conceptos más refinados, y netamente diferenciadas en todo diccionario (*).

Como hicimos con los homónimos *naturales*, cabe hacer con los *artificiales*, introducidos por los tropos, considerándolos como palabras distintas ; y en todo simbolismo cabe distinguirlos, asignando a cada una el índice que le asigne el diccionario. La palabra *tabla*, por ejemplo, tiene media docena de significados generales, amén de los infinitos que se le dan en Matemáticas ; más sencillo que inventar palabras distintas, es usar índices 1, 2, 3..., como se hace con papas y reyes ; el problema de unicidad ha quedado así resuelto en su nueva faz. Pero apenas vencida esta dificultad, surge otra (**).

(*) Los *pontífices* ya no construyen puentes ; ni en las *consideraciones* de este discurso hemos consultado a los astros ; tales acepciones primitivas perduran en las palabras, pero han sido dadas de baja en el diccionario. En otros ejemplos persisten como arcaismos.

(**) Tan sorprendente como la calificación de «error particularmente gracioso y de bulto», dada por VOSSLER a la expresiva frase «este camino no es camino»—que más de un automovilista habrá pronunciado—es la lamentación del venerable BALLY : «Nunca se sabe exactamente lo que es una *tabla*, pues las hay de carpintero, lo logaritmos, astronómicas, de la Ley, de ajedrez, etc» (3).

Diremos, al contrario : «siempre se sabe exactamente», porque suele agregarse el calificativo específico, y si no se dice, se sobrentiende. Esta multiplicidad, mayor que las análogas de *acero*, *crystal*, *bronce*, se debe a ser la madera material más accesible y usado ; pero el tropo es el mismo ; pues al decir «Tabla de Pitágoras» aludiendo al *ábaco*, o «Tablas de la Ley» mentando a las que Moisés recibió en el Sinaí, se hace una *metonimia*.

«Uno de los resultados más claros obtenidos por el estudio lógico del lenguaje—dice Russell—es la existencia de una jerarquía de lenguajes» (1).

La idea jerárquica está arraigada en los hombres de ciencia (*), pues los conceptos que parecen simples, por estar encerrados en una sola palabra, son complejas combinaciones de otros conceptos; y en esta progresiva involución del lenguaje científico reside su fuerza y su aparente sencillez. Por amor a ésta y para evitar la complicación, realizan los matemáticos inextricables complicaciones; como los avaros viven en la miseria para evitar la miseria.

Pero las jerarquías a que alude Russell no propenden, como éstas, a lograr la sencillez, sino a evitar la contradicción; y ésta es inevitable si en el lenguaje figuran algunas palabras lógicas: *todos, verdadero, falso, ...*

Si la maestra escribe en el cuaderno escolar del párvulo su justa calificación reprobatoria: «*todas* las frases de este cuaderno tienen faltas», queriendo decir verdad ha escrito una falsedad sin trascendencia, por culpa de la palabra *todas*; pero si escribe «*todas* las aserciones de este cuaderno son *falsas*», las consecuencias son más graves, pues surge una contradicción sin escapatoria; cualesquiera que sean las otras frases escritas, basta ésta, con sus dos palabras peligrosas *todas* y *falsas*, para sumirnos en el laberinto sin salida de las antinomias. Igual acontece con la declaración del famoso embustero cretense: «yo miento siempre», es decir, «*todas* mis afirmaciones y negaciones son *falsas*» (3).

También se maniató el empirismo absoluto en su propia contradicción, cuando formula su dogma: «*todos* nuestros conocimientos son empíricos»; y lo mismo puede decirse del positivismo que niega toda metafísica, pues tal negación absoluta, no apoyada en ninguna experiencia, es una proposición metafísica, que el positivista no puede formular.

Los matemáticos saben la crisis que desató en la triunfante

(*) La multiplicidad de lenguajes fué siempre consuetudinaria en la ciencia; el lenguaje de la física newtoniana no era apto para la física de las vibraciones; y la mecánica cuántica ha tenido que elaborar otro para los fenómenos del microcosmos, que engloba el de NEWTON y el de FRESNEL. Esta diversidad de lenguajes científicos no interesa al idealismo, que dejó de lado estas construcciones artificiales, para considerar solamente el lenguaje vulgar (2). Pero si éste no es primitivo, sino culto, surge en él también el problema de la jerarquía, que los filólogos de esa escuela no tocan.

teoría de Cantor la aparición de antinomias trasfinitas, y cómo una breve carta de Russell derribó la ingente obra lógica de Frege, en el crítico momento en que se disponía alborozado a lanzar a la publicidad sus dos tomos recién impresos. Se inculcó de todo al *infinito*, que estuvo a punto de ser expulsado, por perturbador del orden lógico, hasta que se volvió la vista a las viejas antinomias de los sofistas griegos; y fué Poincaré—Midas redivivo que convertía en oro todos los problemas—quien primero vió el nudo de la dificultad. La «teoría lógica de Russell» elaborada para desatarlo, ha permitido al polaco Tarski (4) estudiar los «tipos de lenguaje», conquista que por ahora es satisfactoria y parece definitiva.

En el lenguaje ingenuo o primario, que numeramos con el orden 0, desprovisto de vocablos lógicos (5), el cretense no podría lanzar su cínica declaración; puede mentir siempre, pero no confesarlo; pues para hacerlo necesitaría poseer el lenguaje más avanzado, que llamaremos de primer orden; la verdad o falsedad sobre los juicios emitidos en esa lengua exige un grado superior de refinamiento lógico, expresado en lenguaje de segundo orden; etc. (6).

¿Sutilezas inútiles, lejanas de toda realidad? Más de un caso he tropezado en la vida en que un embustero pasaba por veraz ante los ingenuos, porque era embustero de segundo orden, y en un círculo de embusteros vulgares mentía diciendo la verdad. Y lo mismo puede decirse del delincuente avezado, pero vulgar, cuyas hábiles simulaciones para desorientar a la justicia constituyen un lenguaje de orden primero; mientras que el más perfeccionado en el delito no finge inútiles coartadas (pronto desmentidas) y su lenguaje de orden segundo se parece al ingenuo de orden cero, que usa el delincuente primerizo, produciendo desorientación la orientación demasiado clara (7).

Tengo para mí que el estudio de los tipos de lenguaje ha de ser indispensable a los juristas, a quienes incumbe elaborar la «teoría de las simulaciones y coartadas»; y, algún día cercano, en la ficha antropométrica de los delincuentes de alta escuela figurará entre las diversas cifras el número de orden de su lenguaje, índice de su refinamiento en el delito. Algunas notas finales (7-8) indican que no se trata de una humorada; por otra parte, la posibilidad de los diccionarios se basa precisamente en

definir los vocablos de un lenguaje mediante los de otro, a veces más pobre y rudimentario, pero siempre bien conocido.

Tras el viaje veloz por algunas provincias del orbe lingüístico, tratemos de escalar sus dos polos: el lenguaje *exacto* (instrumento de la ciencia) y el *figurado*, que comprende al poético y al metafísico, a la vez opuestos y semejantes.

Puesto que la Ciencia sustituye las cosas reales por entes abstractos que aproximadamente los representan, traduciendo en proposiciones lógicas entre esos seres abstractos las relaciones empíricas primero, y después las leyes teóricas, compréndese cuán hondamente interesa, para el análisis estructural de cada ciencia, el estudio de esa correspondencia, que es la Ciencia misma.

16.-Lenguaje
de la Ciencia.

Y no se crea que tal esquema se refiera exclusivamente a la Matemática, que pasa por ser la más abstracta entre todas; pues el «punto material» de la Mecánica, el «átomo», el «rayo» y la «onda» de la Física, las inexistentes «substancias puras» de la Química, son entes tan abstractos como los puntos y curvas de la Geometría. La diferencia no es substancial, sino metodológica; la axiomatización iniciada por Euclides, y terminada en nuestro siglo, permite la edificación deductiva de toda la Matemática sobre un reducido cuadro de relaciones iniciales, mientras las ciencias naturales, rezagadas en el mismo camino por la complejidad de sus entes, necesitan más extenso basamento empírico.

La diversidad es, pues, de carácter cuantitativo; y todas ellas, agregadas las llamadas «ciencias del espíritu», que difieren cualitativamente de las naturales, encajan en ese esquema de la *correspondencia* entre dos orbes de relaciones, o *representación* de uno por otro, que se llama lenguaje (por generalización y abstracción del sentido primitivo que tuvo esta palabra), al cual, *sensu stricto*, se consagra la Lingüística; pero el análisis lógico de la Ciencia ha incubado en nuestros días una amplísima e indispensable teoría, que llamaremos *Lingüística abstracta*, donde todo lenguaje científico queda incluido.

Ya Galileo hablaba, con designio metafórico, del «libro de la Naturaleza, escrito en números y figuras»; era éste el lenguaje ideográfico, de valor mimético, con el que se pretendía esque-

matizar el mundo físico ; ilusión persistente hasta el siglo XIX, ya abandonada por utópica en el presente.

Nuestra ciencia de la Naturaleza no pretende ser su espejo, sino solamente su símbolo ; el novísimo lenguaje físico está compuesto de complicados entes aritméticos : matrices, espectros numéricos..., sin parecido ninguno con los entes materiales, cuya fisonomía—aun supuesta existente—no pretende conservar ; porque la Física actual, escarmentada de tantos fracasos, renunció al sueño ontológico, para hacerse fenoménica.

Esta semejanza entre cosas y símbolos es característica de toda lengua evolucionada ; una vez superado el infantilismo ideográfico y renunciado el vano empeño de reproducir el mundo a su imagen y semejanza, la misión representativa de la ciencia queda cumplida con la conservación de relaciones abstractas entre los dos universos ; propiedad de invariación o permanencia que hemos llamado *isomorfismo* (1).

Crear una ciencia, edificar la teoría de un universo de hechos y leyes, quiere decir elaborar su lenguaje, es decir, construir otro universo de símbolos abstractos, isomorfo con aquél.

Por haber convertido el Algebra en lenguaje de la Geometría, estableciendo la tabla o diccionario de sus correspondencias, realizó Descartes la revolución de las ciencias exactas, que fué prolongada y profundizada por el lenguaje infinitesimal. La obra esencial de la nueva Física ha sido la creación de simbolismos sintácticamente organizados, como lenguajes del microcosmos.

¿ No bastarán estos ejemplos para explicar la impaciencia con que se esperaba el advenimiento de la Lingüística abstracta ?

17.-La lingüística abstracta.

Iniciador de la «Semiótica» o «Semiología», es decir, de la «Teoría general de los signos», que podemos llamar «Lingüística abstracta» (*), puede considerarse al lógico Peirce (1), y sus cultivadores posteriores (Carnap, Morris...) la dividen en tres capítulos : *Pragmática*, *Semántica* y *Sintaxis* (2).

Desde nuestro punto de vista ya esbozado (§ 11), todo lenguaje es un isomorfismo entre un conjunto de símbolos, que hemos llamado β , y un orbe α de significados. El cuadro de relaciones

(*) Queda así reservada la palabra *Semiótica* o *Semiología* para el sentido estricto que se le da en Medicina.

lógicas interiores al mundo lingüístico β es la *Sintaxis* del mismo, mientras la doble correspondencia $\alpha \rightleftharpoons \beta$, que designaremos simplemente $\alpha = \beta$, expresando por el signo (=) el isomorfismo entre ambos continentes, heterogéneos pero coordinados—, es la *Semántica* del lenguaje β .

La sintaxis de los lenguajes más sencillos, como son, por ejemplo, el de voces militares de mando o el semáforo marítimo, se reduce a la *adición* de signos, a la cual corresponde la *copulación* de significados; pero en los idiomas nacionales y sus dialectos, las palabras de diversa especie están ligadas por la doble conexión de la *concordancia* y el *régimen*, amén de obedecer a ciertas restricciones la *construcción* de frases; materia toda ella que estudia ampliamente la gramática de cada lengua, tomando en cuenta, sobre todo, la mayor claridad del significado. La sintaxis no es, pues, arbitraria, y está supeditada a la Semántica, en todo género de lenguaje.

¿Y qué es la Pragmática antes mencionada, pero no definida? Dejando para publicación más técnica el desarrollo del punto, en que diferimos de Morris y Carnap, la caracterizamos así: *Pragmática* del lenguaje β es toda correspondencia parcial $\alpha' = \beta'$ que baste para inferir la correspondencia total $\alpha = \beta$.

Elijamos, como ejemplo de lengua abstracta β , la geometría basada axiomáticamente en un cuadro β' de voces y relaciones, cuyo significado intuitivo sea un conjunto α' de entes ideales; ese isomorfismo $\alpha' = \beta'$ será la *pragmática* de tal geometría (*).

Para determinar la de una lengua natural, habría que realizar previamente en ella análoga clasificación. Que esa labor no haya sido emprendida todavía, no prueba que el problema lingüístico, muy análogo, no exista. En efecto, quien se haya puesto a redactar algún diccionario, viéndose encerrado a cada paso en un círculo vicioso, sabe de sobra la imposibilidad de definirlo todo a la manera aristotélica; y para silenciar a los agresivos Valbuenas, siempre redivivos, basta invitarles a definir así, valga como ejemplo, *lazo*, *lazada* y *nudo*.

El inevitable fracaso del ambicioso plan, que ya atormentó a Euclides, y que fatalmente surgirá en todo proceso recurren-

(*) MORRIS y CARNAP dan significado muy confuso a la palabra *pragmática*, que hemos usado, en sentido diverso, para evitar la introducción de otra nueva. Para ellos vendría a ser todo conjunto de observaciones empíricas hechas sobre un lenguaje, por quien no lo domine. Véase la monografía de CARNAP (1939) citada en nota (2) de § 1 y (2) de § 17.

te, donde en toda cadena se llegará a un eslabón primero y sin apoyo, fué remediado por los geómetras, en vísperas de nuestro siglo, clasificando los conceptos en dos grupos: los que se definen por otros, y los que no se pueden definir bien, ni se deben definir mal.

Algo análogo cabe hacer en la Lingüística abstracta, llegando a la única solución del problema, ya que los semánticos lógicos, en cuanto sabemos, no lo abordaron, limitándose a la algebrización del lenguaje en su sentido estricto. La ocasión no es propicia para desarticular tamaño armazón lógico erizado de simbolismos, poniendo a la vista su meollo; pero la idea somera que damos en las notas (3-4) delata ya su insuficiencia. Reducir el complejo organismo de una lengua a la simple trama de sus oraciones de predicación, que ni siquiera son sus nervios o arterias, es disecarla, sacrificando tejidos y órganos esenciales para la vida.

Tales oraciones de predicación son las más sencillas, y bien hizo Boole en comenzar por ellas la algebrización que le dió fama; son ellas las integrantes verbales de la vieja Silogística y de la joven Logística; es por tanto explicable que los adeptos iniciados en los arcanos de esta alquimia se consagraran con energías de amanecer a la novísima disciplina lingüística, que es su secuela y prolongación; pero estancarse ahí, reducir el conocimiento del mundo a su clasificación en clases y subclases—porque eso, y sólo eso, dicen las oraciones de predicación—, es cerrar los ojos al dinamismo del proteico universo.

Mucho se espera de la teoría abstracta del lenguaje, y muy en especial de la Semántica, para esclarecer la estructura de cada ciencia particular y explicar el conocimiento racional del universo, que nos da la ciencia integral, accesible a todas las mentes normales. Habrá que renunciar—sacrificio doloroso—a la explicación de dos tipos de conocimientos, privativos de algunos elegidos y por tanto inefables: el místico y el metafísico; pero si la novísima Semántica llega a proyectar alguna luz sobre la contextura de la Ciencia, mucho nos holgaremos por tamaña ganancia.

Hasta ahora, los resultados positivos están muy debajo de las esperanzas.

Con nomenclaturas diversas, coinciden los tratadistas (1) en distinguir dos tipos de lenguaje: el *exacto* y el *figurado*; es decir, el lenguaje preciso, unívoco, que procura evitar la confusión, y el plurívoco, que la busca; porque el primero, instrumento de la ciencia, aspira a suministrar a la razón imágenes claras y precisas para el discurso exacto, mientras el otro aspira a expresar sentimientos íntimos, que son inefables con las palabras «demasiado precisas» (*) de la lengua exacta; a la vez que pretende herir la imaginación o despertar sentimientos, evocando seres muy lejanos y distintos bajo un nombre común, que los anuda con hilo invisible en un mundo ideal de indeterminados contornos. Lenguajes de este tipo etéreo son los instrumentos de trabajo de poetas y metafísicos, inspirados escultores de la niebla.

18.-Lenguaje
poético.

El lenguaje exacto es dócil a la algebrización, gracias a la unicidad de su estructura; es en él donde el genio de la lengua se muestra en su esquematismo anatómico, acusando articulaciones y músculos, venas y nervios; y tampoco opone gran dificultad a nuestro empeño el lenguaje figurado, que reviste ese armazón esencial con tejidos blandos y a veces con adiposidades superabundantes, que reclaman la ortopedia del Algebra.

Ese lenguaje figurado, que algunos llaman *poético*, porque no llama a las cosas por sus nombres, y otros denominan *retórico*, cuando abunda en hojarasca ornada de floripondios, es justamente todo lo contrario, si no tiene otras virtudes; porque el poeta auténtico, señor de las palabras y catador de esencias, es parco y exacto; exactitud y parquedad que son regidas por la Retórica, arte de la eficacia verbal. Hinchazón y exuberancia indicios son de ausencia de poesía y carencia de retórica.

El poeta—el verdadero poeta, sea o no versificador—(2) contempla el mundo sensible, y aun el alma misma, con cristales de milagrosa refringencia, que le confieren el don de la introspección, descubriendo esencias comunes donde los demás sólo vemos desemejanza y heterogeneidad; la metáfora, que para él no es adorno, sino mera imagen óptica, multiplica el valor de las palabras, asignando a cada una lejanos significados. ¿Debemos, pues, renunciar al ideal lógico de la unicidad? Nada más fácil que atribuir a cada palabra el índice que indique su

(*) Son las palabras de BARRÉS, en su patética lamentación, extractada en Nota (1) del § 9.

acepción, y habrá desaparecido toda homonimia, como ya hicimos al analizar la frase nada poética «este camino no es camino», y como se puede repetir para todas las que parecen disparejadas, siendo correctas.

Esto mismo es factible en toda frase poética, desapareciendo al instante todas las monstruosidades lógicas que irritan o divierten a los más exigentes filólogos. Basta tomar como ejemplo el que Vossler se complace en citar repetidamente (3). Son los versos de Fausto :

«Grau, teurer Freund, ist alle Theorie,
Doch grün des Lebens goldner Baum».

En síntesis: *la teoría es gris, pero verde el dorado árbol de la vida*. Y contra frase tan inocente lanza su triple anatema, que parecería dictado por un algebrista o por un maestro de Gramática :

«Es literalmente falsa :

- 1.º Porque la teoría no tiene color.
- 2.º Porque la vida no es un árbol.

Repugna a la lógica formal, porque un árbol no puede ser dorado y verde al mismo tiempo.»

Tales juicios, y de hombre tal, nos dejan atónitos.

¿ Pero acaso es menos legítimo el adjetivo «gris» que sus paralelos «brillante», «opaco»..., que todos aplicamos en sentido figurado a los discursos, a las fiestas, a la voz y a las cosas mas dispares? ¿ Qué gramático entenderá la frase bíblica «árbol de la vida» tan aviesamente como el gran Vossler? ¿ Y por qué no se ha de poder llamarlo de «oro», como decimos «siglo de oro» y «corazón de oro», con la acepción usual que los diccionarios acogen? Sustitúyase cada palabra de éstas por la acepción en que la usa el poeta, y resultará una frase muy prosaica, pero correcta y diáfana y clara.

Si lo que quiso expresar es que todo lenguaje culto es figurado (*), su pluma traicionó al pensamiento; si sólo buscó

(*) Repitamos que no es preciso elevarse al espacio poético para observar que el caudal de palabras suficientes en la edad primitiva de la lengua se hizo pronto insuficiente con el enriquecimiento intelectual, y que también el lenguaje prosaico es figurado. En esta bien prosaica nota tienen sentido figurado numerosas palabras: *elevase, espacio, poético, caudal, edad, lengua, enriquecimiento, lenguaje, figurado*.

un ejemplo de frase gramaticalmente correcta, cuya significación fuese «falsedad filosófica, absurdo empírico, inexactitud lógica», pudo haber elegido cualquiera de las infinitas frases indiscutiblemente disparatadas que se pueden componer, sin meterse en otras complicaciones, que suscitan réplicas.

Definido ya en párrafos precedentes lo que el poeta debe ser, y también lo que puede no ser, pues cabe su incapacidad para versificar (facultad que abusivamente suelen exigirle los diccionarios), sorprenderá menos su apareamiento con los metafísicos, en la etérea profesión de «escultores de la niebla», en que los hemos empadronado conjuntamente.

Aunque hemos emparentado el lenguaje metafísico con el poético, y el empirismo positivista incluya al primero en el segundo, creyendo así degradarlo, hay entre ambos honda diferencia.

19.-Lenguaje
metafísico

El filósofo metafísico, no sólo informa y modela ese amorfo *apeyron*, indefinido e indefinible, que hemos llamado *niebla conceptual*, sino que lo analiza, hasta atomizarlo. Ese arte de diseccionar la niebla del pensamiento, ese amor apasionado a la profundidad misteriosa, es precisamente el «espíritu metafísico» (*).

Si la lengua poética del mundo sensible no dificulta apenas la algebrización, por causa de la multiplicidad de significados de cada palabra, el lenguaje metafísico la hace imposible por su intrínseca imprecisión. Remedio fácil contra la pluridad de los vocablos es su desdoblamiento en varios, con distintivos convencionales, que simbolicen las diversas acepciones, como ya quedó explicado y repetido; pero contra la imprecisión no habría más recurso que trasplantar ésta al Álgebra misma, creando una disciplina de vagos contornos, para albergue de entes no puntiformes ni afilados, sino nebulosos; y el plan no es utópico, pues la Topología abstracta nos ha adiestrado a navegar por los mares más brumosos.

En cuanto la poesía despliega sus alas por encima del uni-

(*) De ese espíritu carecían sin duda los miembros de la sociedad de Metafísica de Londres, que hace años se disolvió, tras agitadas sesiones, por no haber logrado un acuerdo en la cuestión previa de formular una definición clara de la Metafísica (1).

Proponerse una delimitación precisa de lo que es impreciso por naturaleza, buena prueba es de que aquellos honorables miembros tenían más de algebristas que de filósofos.

verso sensible, se hace metafísica; y no es sorprendente que los empiristas, adheridos al suelo firme, hayan expulsado del reino del saber al libro aristotélico que un encuadernador clarividente colocó después de la Física, relegándolo mucho más allá, al mundo poético de los ensueños nebulosos e irrealizables (2). Pero este connubio, celebrado por los logísticos con muy despectiva intención, ha tenido de pronto la más solemne de las consagraciones, cuando Heidegger, sumo pontífice actual de la Metafísica, tras mucho analizar con su prosa torturante y torturada la esencia de la poesía—«el más inocente y peligroso de los bienes»—a través del «poeta de la poesía» que es Hoelderlin, sentencia con rotundez: «lo que el poeta dice y lo que sobre su palabra toma por ser, eso es lo real» (3).

20-Finitud del
lenguaje
literario.

Excluído el lenguaje metafísico, rebelde al simbolismo algebraico por causa de su imprecisión irremediable, vamos a concentrar nuestro esfuerzo en el lenguaje vulgar y en el literario, para intentar en su integridad la tarea que los logísticos realizaron en el reducido sector de las oraciones de predicación. Pero súbitamente se interpone un primer obstáculo: si la sola relación de *ser* o estar, la más simple de las conexiones gramaticales, ha dado materia a los lógicos simbólicos para tejer su tupida doctrina, que llena innumerables libros y revistas, ¿cómo va a ser posible expresar en símbolos las infinitas conexiones gramaticales, mediante verbos de toda clase, con sus variadísimos complementos y con las mil sutilezas sintácticas que la Gramática consiente?

En cuanto a la pretendida infinitud del vocabulario debe calificarse de ilusoria; pues ya hemos visto (§ 12) dónde figuran los nombres propios de las personas y cosas que merecieron denominación; y ahí están en el léxico oficial, tabuladas escrupulosamente, casi todas las palabras usadas y aun las desusadas. Tantas éstas y tan insólitas, que quizá fuera preferible definir el diccionario de cada lengua como «conjunto de voces que generalmente ya no se usan».

También sobre la riqueza de giros verbales nos hacemos excesivas ilusiones. No solamente quienes usamos el lenguaje como instrumento para entendernos con el menor número posible de palabras, combinadas de la manera más simple entre las va-

rias prescritas por la Gramática, sino también quienes hacen profesión del lenguaje, rebuscando giros desusados, desempolvando voces abandonadas y hasta inventando combinaciones sintácticas, que juzgan más elegantes, quedarían decepcionados si al final de su obra literaria se les presentara como inventario el modesto caudal de su léxico y las monótonas repeticiones de su estilo.

Si de las palabras y los giros verbales ascendiéramos a los temas de creación literaria, llegaríamos a concluir que la existencia misma de la profesión se basa sobre la inmensa capacidad de olvido que, afortunadamente para todos, poseen los lectores. Si así no fuera, ¿qué conocedor de antologías clásicas soportaría, por ejemplo, la lectura de algunos cuentos de Anatole France, reproducción de viejas composiciones, con el somero aliño de nombres y lugares modernizados?

Pero no es aplicable la palabra *plagio* a la creación literaria, por simple razón estadística: porque el número de temas y situaciones no sólo es finito, sino muy limitado; y éstos son bienes públicos, como el aire y el agua. Las posibles situaciones dramáticas y las cómicas han sido tabuladas por pacientes eruditos (*), como las plantas y los insectos, infinitamente más numerosos. En este reducido cuadro de dominio público, el escritor bien documentado elige temas, mientras el espontáneo los crea libremente; pero el fatal *nihil novum* que gravita sobre el arte literario le hace recaer en el surco de los siglos.

Descendiendo en la escala de la literatura, nuestro malgrado Amado Alonso analizó con maestría la trayectoria histórica de algunos apólogos medievales; y rastreando las huellas de algunos famosos, como el titulado «El medio-amigo», resultó que figura en tantas literaturas europeas, y desde fechas tan remotas, que se pierde su pista en el tiempo y en el espacio.

Pero en cuestión de apólogos huelga buscar ejemplos de repetición, porque ésta es la regla; y si algún erudito se tomara la fatiga de cotejar la docena de fabulistas de todo tiempo y país que representan este género literario, probable es que lograría establecer correspondencia casi perfecta entre cada dos, desde Esopo hasta Trilussa (1).

(*) JORGE POLTI (según dice PITIGRILLI) enumeró las posibles situaciones dramáticas, resultando exactamente 36, ni una más; y nadie ha logrado todavía ampliar las tablas de GOETHE.

La fábula de animales—dijo Chesterton—es tan abstracta como el Algebra. En efecto—agregaremos por nuestra cuenta—, es la moral puesta en símbolos; pero lo sorprendente es que con un puñado de símbolos simplicísimos se logra ejemplificar toda la moral, con grave humillación de moralistas y de inmorales, que se daban excesiva importancia. Todos ascenderán en prestigio el día en que inventen un octavo pecado capital.

Decepcionante en verdad es la incapacidad humana para la creación de estructuras nuevas; no ya en el limitado orbe literario, desde su más alta cima hasta el vulgar chascarrillo, sino también en los dos universos de la Estética y la Moral; pero en compensación llegamos a una conclusión consoladora: no sólo en el arte literario, como ya anticipó Pascal (2), sino también en todas las bellas artes e incluso en la creación abstracta, como lo son la metafísica o la matemática, la originalidad reside en el desarrollo, en la forma, antes que en la estructura o el motivo.

Ahora bien, como temas, motivos y estructuras son conjuntos exiguos, el Algebra los domina y simboliza fácilmente; lo que escapa a su algoritmo es la manera, la forma de la ejecución; no ya por ser categoría inasequible e imponderable—pues también lo son todos los objetos matemáticos que el Algebra domina—, sino por su calidad de bien íntimo o intransferible de cada espíritu y, por tanto, infable. Podemos algebrizar el lenguaje vulgar; y con no mayor dificultad el lenguaje poético, con toda su riqueza de matices y significaciones; pero no la poesía.

21.-Pasigrafía
del lenguaje.

Dos eran los escollos que se oponían a nuestro propósito de algebrizar el lenguaje literario: su falta de unicidad y la presunta infinitud de su extensión; pero ya hemos visto que la primera y única dificultad, ya que la segunda ha sido eliminada, no es ni remotamente insuperable. El hecho flagrante de palabras con múltiples significados, es impedimento tan mínimo como la existencia de homónimos en un censo de población; y disponiendo de simbolismo literal, bastará designar a cada ente singular por una letra mayúscula, con subíndice convencional, para tener un *nombre propio*, capaz de individualizar a todos los muertos de la Historia, a todos los seres vivos nacidos y por nacer, a las estrellas todas del firmamento y hasta a los corpúsculos que componen el universo entero.

Al vocabulario de los nombres propios debe agregarse el de los nombres comunes y adjetivos, categorías mal diferenciadas (1), que irrespetuosamente refundimos en una, designándolas indistintamente por minúsculas; y los verbos en su acción y pasión por letras griegas (2), con apéndices que representen sus tiempos y modos (3). La cuantificación de nombres y predicados (4), las modificaciones adverbiales y los nexos que realizan las preposiciones, son expresadas por signos sencillos, algunos de los cuales ya son de uso común en el simbolismo lógico (*).

No solamente se concentró en el verbo *ser* la atención de los primeros lógicos simbolistas, sino que debieron recluirse en su tiempo *presente de indicativo*; por la sencilla razón de que no toda la gramática del verbo sustantivo es patrimonio de la Lógica, porque los tiempos verbales introducen un factor dinámico que escapa de su órbita. Con mayor razón son inaccesibles a esa Lógica estática todas las relaciones expresadas por los innumerables verbos que expresan acción y pasión, con sus variados complementos de espacio y tiempo, amén del dinamismo que implica la conjugación.

Existe, sí, un capítulo de la Lógica donde al parecer quedan incluidas todas las conexiones verbales que estudia la sintaxis: es la «Teoría general de las relaciones», que ocupa destacado lugar en los *Principia* russellianos; pero escasa utilidad nos reportará esa trama de definiciones para esclarecer los problemas del lenguaje (**).

Baste tan somera ojeada para apreciar cuán largo es el camino que falta recorrer desde esta primera etapa, que es la Pasigrafía, hasta la Logística universal, que la fértil imaginación de Leibniz se atrevió a soñar (6).

(*) Muy sucinta noticia de esta generalización tendrá cabida en las NOTAS, donde damos como ejemplo de simbolismo los versos iniciales de un famoso romance del Duque de Rivas (5).

Quede para ocasión y lugar más propicios el desarrollo de esta *pasigrafía del lenguaje*, que Peano organizó solamente con las oraciones más sencillas, necesarias para su famoso *Formulario*, y que ahora permitirá extender sus ventajas de precisión y unicidad a todo el lenguaje exacto.

(**) He aquí lo que sacamos en limpio de la flamante teoría, para nuestro tema lingüístico: la relación establecida por un verbo activo entre sujeto y complemento directo tiene su *inversa* (voz pasiva) y tales relaciones no son en general *homogéneas*. Sólo excepcionalmente *son simétricas* (ni siquiera *amar* ni *odiar* lo son siempre). Muy pocas son *transitivas* (*ser*, *superar*, *soportar*..., y en general las relaciones de *orden*). Finalmente, muy rara vez tiene sentido la *composición* o *producto* de dos acciones o pasiones.

Solamente una de las facetas del complejo problema del lenguaje ha sido contemplada en este discurso ocasional, y aun ésta en forma harto parcial y desmañada, con ánimo de llegar a esta conclusión: El lenguaje, que es llanto y risa, dolor y alegría, odio y amor, es también suma y compendio de varias bellas artes: pintura en el novelista, música en algunos poetas, metafísica en otros y belleza en todos; pero además de esto, y antes y por encima de tantas y tan excelsas virtudes, es estructura lógica encuadrada en el Algebra abstracta.

La simple enumeración de otros temas limítrofes, y de los adecuados puntos de vista para su contemplación y enfoque, parecería conato de invasión en dominios ajenos, cuyos dueños conquistaron en largos años de laboreo derechos y honores. Etimologistas e historiadores de la lengua tienen tarea bastante en sus feudos lejanos, pero alledaños con el nuestro, y aun tangentes en sus contornos, para contemplar con despectiva indiferencia tales escarceos fronterizos; los gramáticos, por razones profesionales y por su mentalidad lógica, deben suponerse amigos o neutrales; pero queda un amplio sector, modernamente organizado como disciplina científica, y cultivado con notorio éxito en España, de cuya posición adversa no cabe dudar: es la Estilística. El ángulo visual desde el cual contempla el lenguaje, y el que adoptan la Lógica y la Gramática, son estrictamente complementarios, como lo son la vida y el intelecto.

En el análisis semántico de un período, o simplemente de una oración, son votos de calidad el psicólogo, el poeta y el sociólogo, antes que el gramático, el lógico o el algebrista. Frases gramaticalmente equivalentes, que sólo difieren en la trasposición de palabras, pueden tener significado muy diverso; y es el uso, la experiencia de oír y hablar, nuestra única guía.

No escatiman los ejemplos quienes escriben sobre Estilística, para sacar a luz los elementos integrantes del *estilo*, de ese *algo más* que desborda la Gramática y trasciende a la Lógica. Vosler, Bally, nuestros dos Alonsos (1) han escrito bellas páginas, descubriendo finuras y reconditeces del idioma, que escapan de los rígidos marcos aristotélicos.

La Estilística analiza solamente *algunos* integrantes de esos imponderables de la Lógica; pero ya en el nombre mismo, que evoca el remoto instrumento de la escritura, asoma la exigüidad de esa disciplina para agotar el insondable mar del pensamien-

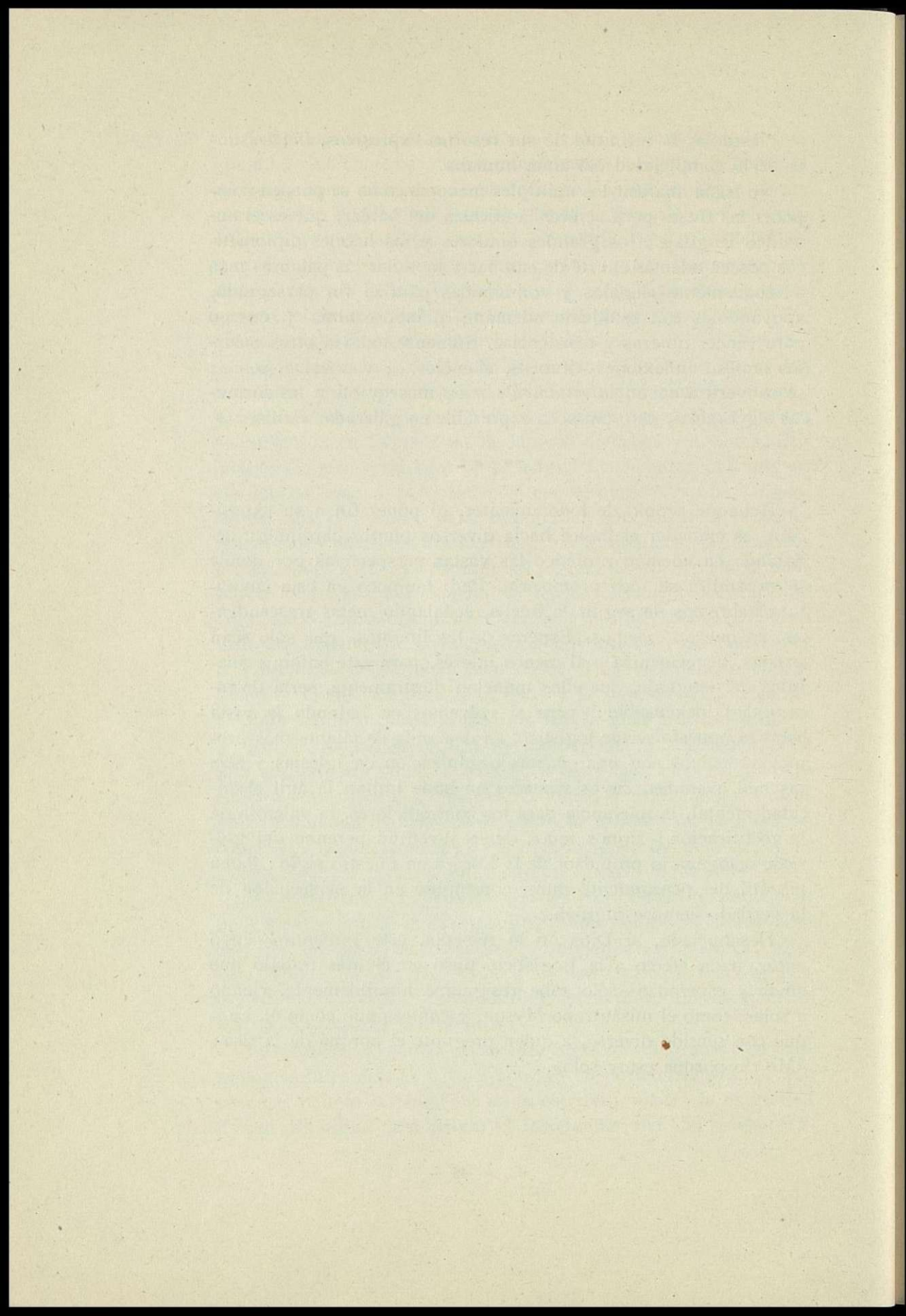
to y estudiar la infinitud de sus resortes expresivos, fiel trasunto de la complejidad del alma humana.

No basta analizar los múltiples maneras como se pueden componer las frases para acrecer la eficacia del hablar, que es el auténtico lenguaje; los grandes oradores y los hábiles diplomáticos poseen además el arte de entonar y modular las palabras más adecuadamente elegidas y combinadas para el fin perseguido, apoyándolas con estudiado ademán; aliándose alma y cuerpo para vencer tibiezas y resistencias. Súmense todavía otros recursos orales: inflexiones, titubeos, silencios...; y aquel *algo más* se convertirá en un *infinitamente más*, inasequible a las fórmulas algebraicas, pero tampoco expresable en galeradas estilísticas.

* * *

Achaque propio de todo inventor, al poner fin a su exposición, es extender el índice hacia diversos puntos cardinales, señalando en ademán profético las vastas perspectivas por donde se expandirá su idea promisoria. Pero tampoco en esta coyuntura habremos de seguir la huella, señalando metas trascendentes, en que no creemos. Esperar de los literatos, que sólo sean artistas, benevolencia o al menos interés, para este enfoque analítico del lenguaje, que ellos manejan diestramente, sería de ingenuidad inexcusable; pero si volvemos en redondo la vista hacia el opuesto sector logístico, en demanda de talante más propicio, topamos con una cerrada organización en iglesias y sectas mal avenidas, cuyos secuaces en nada imitan la ágil elasticidad mental, la tolerancia para los contradictores, la valentía de la rectificación; signos todos de la juventud perenne del glorioso octogenario propulsor de la Lógica en nuestro siglo; llama vibrátil del pensamiento puro, consumido en la persecución de la verdad, siempre fugitiva.

Desahuciado, si Dios no lo remedia, este engendro—cuyo autor, nada afecto a la Logística, puso en él más trabajo que amor y esperanza—sólo cabe resignarse humildemente, riendo a solas, como el misántropo Myson, y contestando como él, aunque con sentido diverso, a quien pregunte el porqué de la risa: «Me río porque estoy solo».



NOTAS

§ 1.—Introducción.

- (1) TEORÍAS DEL LENGUAJE.—Las más dignas de mención, en orden cronológico, son éstas :
- 1.—La Lingüística, nacida con el siglo XIX, tras el descubrimiento del sánscrito, se inicia en el clima romántico de la época, con tendencia *espiritualista*, mucho antes iniciada por Herder (1770) y proseguida por Fichte (1794), Friedrich Schlegel (1808) y Wilhelm von Humboldt (1820). Son éstos los propulsores de la lingüística *estética*, más tarde cultivada por el austríaco Hugo Schuchardt y que florece en la tendencia n.º 9.
 - 2.—Paralelamente nace la lingüística *comparativa*, que analiza la génesis de las lenguas mediante la gramática *comparada*, iniciada por Franz Bopp (1833) y los hermanos Grimm (1819).
 - 3.—Con el derrumbe de la filosofía romántica y el advenimiento del positivismo y del darwinismo, nace la Fonética experimental y se estudia la evolución de cada lengua ; es la tendencia *naturalista* ; así, August Schleicher compara la vida de las lenguas y de las plantas.
 - 4.—Los *neogramáticos*, dentro del mismo credo positivista, contraponen la tendencia *histórica* (Karl Brugmann, Hermann Osthoff, Eduard Sievers, Hermann Paul). La enciclopedia de Gustav Gröber (1888) y el gran tratado de Wilhelm Meyer-Lübcke, 1890-1902, representan exhaustivamente esta tendencia *histórica*.
 - 5.—Orientación *ideográfica*, opuesta a la histórica : H. Rieckert, 1896, Hermann Paul, Windelband, etc.
 - 6.—Escuelas *psicologistas* de Wundt, 1901, y su sucesor Dittich, 1904 ; de Thumb, 1901 ; etc. Precursor fué Steinthal (1855) partiendo de la psicología de Herbart.
 - 7.—Teoría *sociológica* de Ferdinand de Saussure y proseguida por la escuela franco-suiza (Maillet, Vendryes, Charles Bally, ...) y por el alemán Hermann Paul, ya citado.
 - 8.—Gramática *apriorística* de Husserl, 1901, opuesta al psicologismo. Nueva teoría en 1919-1931.
 - 9.—Teoría *estética de Croce*, 1903, y Karl Vossler, 1904 ; espiritualismo que resucita el de Herder, Humboldt, ..., apoyándose en la «fantasía» de Vico y la *Metafísica* de Hegel.
 - 10.—Teoría *lógica* (Wittgenstein, 1922). En su famoso *Tractatus*, de tendencia antimetafísica, introduce algo peor : una teología ; pero fué la guía del «Círculo

lo de Viena» (n.º 15) y especialmente de Carnap, para el análisis del lenguaje, bajo el lema: *significado = verificabilidad*.

- 11.—Teoría *conductista* (behaviorista): Jennings, Thorndike, G. A. de Laguna, Weiss, 1939; Tolman, 1932. Orientación biológica de Uxkull. En los últimos años se escindió, hasta desaparecer.
- 12.—Teorías *intuicionistas*: Henri Bergson, Edouard Le Roy, 1904, y el matemático Whitehead, creador en 1928 de una metafísica espiritualista.
- 13.—Teoría *epistemológica* idealista de Ernst Gassirer, 1923; seguida por Diltey, 1924; modificada por W. M. Urban, 1939.
- 14.—Teoría *empírico-psicológica* elaborada por Alan Gardiner, 1932, y por Karl Bühler, 1934, sobre la psico-física (Charles Bell, ...) y la fenomenología pre-metafísica de Husserl (reelaboración de 1919). Bühler formula una pretensa *axiomática* de cuatro principios: pero en verdad no forman un sistema de postulados suficientes para una construcción axiomática.

SISTEMAS NEO-POSITIVISTAS ACTUALES

Merecen destacarse en oposición al cuadro de teorías basadas en diversos sistemas filosóficos, las empiristas y antimetafísicas que dimanaron de los círculos de Viena, Berlín, Lwov y Varsovia, formados por hombres de ciencia.

- 15.—*Empirismo radical*.—Tendencia logicista y antimetafísica, del Círculo «Ernst Mach», de Viena (fundado por Franck y Schlick en 1929), elaborada por Schlick y Carnap sobre el lema de Wittgenstein *significado=verificabilidad*. Análoga tendencia es la de Dewey, 1939.
 - 16.—Teoría *probabilista* del lenguaje y de la verdad (empirista y antimetafísica), elaborada desde 1928 por H. Reichenbach; proseguida por Dubislav, Nagel, 1938, y otros (Círculo de Berlín).
 - 17.—*Empirismos lógicos no radicales*.—Se apartan del empirismo *radical* en dos direcciones: Russell se propone conciliar la metafísica de Berkeley y la de Hume con la Logística, mientras Carnap, fiel a ésta, persiste en su posición antimetafísica, recientemente muy atenuada.
 - 18.—*Fisicalismo radical* (hiperlogicismo empírico).—El lenguaje es orbe cerrado; como en Matemática y Lógica, la verdad es *formal* y no real; al asimilar la verdad empírica a la verdad lógica, se adopta la coherencia como criterio de verdad, que es *sintáctica* y no *semántica*; *relativa*, y no *absoluta* como en Hegel. Las proposiciones empíricas son los *Protokollsätze* (Neurath, 1934; Hempel, 1935; Ayer, 1936).
 - 19.—*Semántica simbólica*.—Es creación del «Círculo polaco»: Lukasiewicz, Kotarbinski, Cwistek, todos lógicos simbolistas; pero especialmente Lesniewski, Ajdukiewicz y Tarski, organizadores de esta nueva disciplina. La *Lingüística abstracta, teoría de los signos*, se debe a Morris y Carnap.
- (2) BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.—Dejaremos de lado las escuelas ya superadas, sobre las cuales no merece la pena consultar las obras originales, bastando leer a sus continuadores y contradictores. Así, p. ej., para 1) véanse Croce y Vossler (abajo citados), que siguen esa dirección espiritualista. Para 4), véase Vossler (1), que refuta a los neogramáticos positivistas.

Sobre las tendencias de este siglo, hemos consultado solamente, sin ánimo si posibilidad de agotar la copiosa bibliografía :

7.—*Escuela sociológica.*

DE SAUSSURE, Ferdinand :

- 1) *Cuestiones fundamentales de lingüística general.*
- 2) *Cours de linguistique générale*, París, 1931 (3.^a ed.).

BALLY, Charles : *Le langage et la vie*. Genève, 1925. Trad. de Editorial Losada, Buenos Aires, 1941.

8.—*Fenomenología de Husserl.*

HUSSERL, E. :

- 1) *Logische Untersuchungen*, II, 1901. Trad. Espasa y Calpe, 1929.
- 2) *Ideen zu einer reinen Phänomenologie*. (Nachwort). Halle, 1930
- 3) *Méditations cartésiennes*, 1931.
- 4) Revista : *Philosophy and Phaenomenological Research*.

9.—*Espiritualismo estético.*

CROCE, Benedetto :

- 1) *Estetica come Scienza dell'espressione generale*. Palermo, 1902 ; Bari, 1903.
- 2) *Lineamentos de una lógica como ciencia del concepto puro*. (Accad. Pont. Nápoles, 1905.) (No consultada ; incluida en 3) con no esencial variación.)
- 3) *Logica come scienza dell concetto puro*. Napoli, 1908.

VOSSLER, Karl :

- 1) *Positivismus und Idealismus in Sprach-wissenschaft*. Heidelberg, 1904.
- 2) *Sprache als Schöpfung und Entwicklung*. Heidelberg, 1905. Trad. con el anterior, Poblet, 1929.
- 3) *Über grammatische und psychologische Sprachformen*. München, 1923 (Memoria incluida en (4), págs. 105-161). Trad. en (6), págs. 131-175, y en la Colección : *Vossler, Spitzer, Hatzfeld*, abajo citada.
- 4) *Gesammelte Aufsätze zur Sprachphilosophie*. München, 1923. (Contiene la memoria anterior (3) en págs. 105-151). Trad. en número (6).
- 5) *Geist und Kultur in der Sprache*. Heidelberg, 1925.
- 6) *Filosofía del lenguaje.—Ensayos*. Trad. y notas de (4) por A. Alonso y R. Lida. Buenos Aires. Losada, 1943.

K. VOSSLER, L. SPITZER y H. HATZFELD : *Introducción a la Estilística romance.*—T. I. de *Colección de Estudios Estilísticos*, Buenos Aires, 1932. Contiene la memoria de Vossler : *Formas gramaticales y psicológicas*; la de Leo Spitzer : *La interpretación lingüística de las obras literarias*; y la de HELMUT HATZFELD : *La investigación estilística en las literaturas románicas*. Con notas y una bibliografía general de A. Alonso y R. Lida.

10.—*Logicismo empirico.*

WITTGENSTEIN, L. : *Tractatus lógico-Philosophicus*. London, 1922.

11.—*Psicología conductista (Behaviour).*

WATSON, S. B. : *Psychology from the Standpoint of a Behaviorist*. Philadelphia, 1934.

WEISS, A. P. : *A theoretical Basis of human Behaviour*. 2.^a ed. Columbia, 1929.

TOLMAN, E. C. : *Purposive behaviour in animals and men*. New York, 1932.

12.—*Espiritualismo metafísico.*

BERGSON, Henri : *L'évolution créatrice*. Alcan. París, 1907.

WHITEHEAD, A. N. :

1) *Symbolism, its meaning and effect*. Cambridge 1928.

2) *Process and Reality*. London, 1929.

3) *Adventures of Ideas*. Cambridge, 1933.

13.—*Idealismo epistemológico.*

CASSIRER, Ernst : *Philosophie der symbolischen Form*. 3.^a ed. Berlín, 1923.

DILTHEY, W. : *Gesammelte Schriften*. Bd. V. Leipzig, 1924.

URBAN, Wilbur Marshall : *Language and Reality*. London, 1939.

14.—*Empirio-psicologismo.*

GARDINER, Alan : *The theory of speech and Language*. London, 1932.

BÜHLER, Karl : *Sprachtheorie, die Darstellung-funktion der Sprache*. Jena, 1934. Trad. Rev. Occ. Madrid, 1950.

15.—*Empirismo radical.*

SCHLICHT, Moritz :

1) *Allgemeine Erkenntnislehre*. Berlín, 1925.

2) *Meaning and Verification*. Phil. Review, 45, 1936.

HAHN, Hans : *Logik, Mathematik und Naturerkennen*. Wien, 1933.

WAIMANN, F. : *Einführung in das mathematische Denken*. Wien, 1936.

DEWEY, John : *Logic, the Theory of Inquiry*. New York, 1939.

16.—*Probabilismo.*

REICHENBACH, H. : *Philosophie der Raum-Zeit-Lehre*. Berlín, 1928.

NAGEL, E. : *Principles of the theory of Probability*. International Enc. Un. Sc., I, n.º 6.

17.—*Empirismos lógicos no radicales.*

RUSSELL : Dejando de lado sus posiciones anteriores : *The Analysis of Mind*, 1922 ; *Our Knowledge of the external World*, 1926 ; *Mysticism and Logic*, 1932 ; *The Scientific Outlook*, 1934 ; la obra que más interesa es la última : *An Inquiry into Meaning and Truth*. New York, 1940.

CARNAP, Rudolf :

1) *Logical Syntax of Language*. Wien, 1934 ; New York, 1937.

- 2) *Formalwissenschaft und Realwissenschaft*. Erkenntnis, V, 1935.
- 3) *Testability and meaning*.—Phil. of Science, III, 1936; IV, 1937.

18.—*Fisicalismo radical*.

NEURATH, Otto :

- 1) *Radikaler Physikalismus und wirkliche Welt*. Erkenntnis, IV, 1934.
- 2) *Le développement du Cercle de Vienne*. Hermann & C^o. París, 1935

HEMPEL, Carl G. : *On the logical positiv's theory of Truth*. Analysis, II, 1935.

AYER, Alfred J. : *Language, Truth and Logic*, New York, 1936.

19.—*Semántica y Lingüística abstracta*.

TARSKI, A. :

- 1) *Der Wahrheitsbegriff in der formalisierten Sprachen*. Studia Phil., 5, 1935.
- 2) *Grundlegung der wissenschaftlichen Semantik*. Congrès. int. phil., scient. París, 1936.
- 3) *Einführung in die mathematische Logik*. Wien, 1937.

MORRIS, Charles W. :

- 1) *Logical Positivism, Pragmatism & Scientific Empirism*. París, 1937.
- 2) *Foundations of the theory of Signs*. Chicago, 1938.

CARNAP, Rudolf :

- 1) *Foundations of Logic and Mathematics*. Int. Enc. Of. Unified Science, I, n.º 3. Chicago, 1939; 3.^a edic., 1946.
- 2) *Introduction to Semantics*. Cambridge, 1942.
- 3) *Formalization of Logic*. Cambridge, 1943.

- (3) Sobre la obra científica del profesor Fernández Galiano véase su discurso de ingreso en la R. Academia de Medicina.

Algunos datos biográficos contiene el núm. 37 (junio de 1953) del Boletín informativo.

- (4) ¿Es Aristóteles el creador de la Lógica y de la Gramática? El mismo (*De Sophist. elech.*, cap. 34) se titula «tratadista del razonamiento», pero en su *Methaphysica* (M4 y A6) reconoce en Sócrates la indagación del concepto. La Lógica formal y su relación con el lenguaje (Gramática y Retórica) se deben a Aristóteles.

§ 2.—Gramática y Ciencias Sociales.

- (1) GONZÁLEZ LANUZA, Eduardo : *Pro y Contra de la Gramática*. La Nación. Buenos Aires, 23 agosto 1953. Artículo pleno de ideas, que en gran parte aceptamos. No sus explicaciones sobre el triángulo y las geometrías no euclidianas.
- (2) BALLY, Charles : *Le langage et la vie*. Trad. E. Losada, Buenos Aires, 1941, pág. 38.

- (3) Ejemplo grotesco de *antigramática* nos dió Marinetti en su famoso *Manifeste technique de la littérature futuriste* (Milán, 1912) en que tras demoler la «gramática pasatista» (*il faut détruire la syntaxe en disposant les substantifs au hasard de leur naissance ; il faut abolir l'adjectif, l'adverbe, la ponctuation...*) «imponía—dice Vossler—convenciones aún mucho más estrechas y crudas». (Intr., pág. 56, n.º 6), pág. 156).

Otra rebelión anterior contra la Gramática, y mejor fundada, desencadenó en Francia a fines del siglo pasado una falange de poetas dirigidos por Stéphane Mallarmé, según cita VOSSLER (*Formas gram.*, pág. 157). La Gramática—declan—y en especial la sintaxis, sólo se preocupa de lo racionalmente comprensible; y por atender a la mayoría, aplasta cuanto hay de más genuino en cada espíritu.

§ 3.—Significación y lenguaje abstracto.

- (1) La palabra bíblica *espíritu*=*pneuma*=*rouakh* significa *viento* o *soplo*; tanto se aplica al *soplo divino*, como a la vida recibida de Dios.

El sentido de *materia sutil* perdura hasta Plotino, que la llamó *nous*, palabra preferida en filosofía, mientras *pneuma* se usa en lenguaje poético y popular. Anaxágoras llama *nous* al «espíritu racional principio fundamental del ser». Para Philon el *pneuma* es elemento cósmico (aire) y también el conocimiento, la sabiduría, la idea.

La exposición más amplia puede verse en N. BERDIAEFF, *Esprit et réalité*. París, 1943.

- (2) Véase el párrafo 15, donde tocamos el problema de la jerarquía entre los lenguajes.

La distinción entre *lenguaje* y *metalenguaje* puede verse en Nota (4) de § 17.

§ 4.—Polémica sobre el lenguaje.

- (1) «A Croce... le interesaba el lado expresivo del idioma; su fuerza deductiva le parecía una construcción arbitraria. No se cansa de ridiculizar y de burlarse de los lógicos formalistas modernos, los logicistas que son para él una especie de *degenerados*» (LINDEMANN, *Leng. y Fil.*, págs. 22-23; véase (1) de § 6).

- (2) VOSSLER: 1) (*Pos. e idealismo*), pág. 13.

- (3) Véanse las publicaciones de Carnap, actual corifeo del grupo y especialmente: *La Science et la Métaphysique*. Act. sc. n.º 172. Hermann & Cie. París, 1934, donde demuestra que las proposiciones metafísicas «están completamente desprovistas de sentido». Y como en la escuela de Viena rige el dogma de Wittgenstein, adoptado por Schlick: «*significado = verificabilidad*», el gran descubrimiento de Carnap (logrado según dice, gracias a «los progresos de la lógica moderna») es éste, que los nominalistas medievales ya proclamaban y los griegos sabían desde el día mismo en que nació la Metafísica: *las proposiciones metafísicas no son verificables*. Y para decir esta trivialidad publica una monografía.

§ 5.—Lógicos y estéticos.

- (1) BERTRAND RUSSELL: *An inquiry into meaning Truth*. Trad. E. Losada. Buenos Aires, 1946.
- (2) Véase en (§ 1) la lista de obras consultadas de Croce y Vossler.
- (3) «La renovación de la Filosofía del lenguaje, iniciada por Vico y continuada por Hamann, Herder y Humboldt, permaneció desconocida para él (para Hegel) y no tuvo sobre él verdadera eficacia (CROCE, *Lógica* (l. c.), pág. 411).
- (4) La contradicción entre Hegel y Vico sobre el lenguaje es patente: «Hegel, en la teoría del lenguaje, era logicista, concibiéndolo como complejo de elementos lógicos y universales, por lo cual no le parecía irracional la coincidencia entre las formas del lenguaje y las del pensamiento, supuesto que la una y las otras se tomasen en su verdadera conexión». (CROCE, *Lógica* (l. c.), página 410.)
- (5) CROCE, *Lógica* (l. c.), pág. 414. El subrayado del texto es nuestro.

§ 6.—Las tres funciones del lenguaje.

- (1) LINDEMANN, Hahns A.: *Lenguaje y Filosofía. El lenguaje, foco central de la discusión filosófica moderna*. Ed. Problemas de América. Buenos Aires, 1946 (pág. 33).
- (2) En forma diferente, v. LINDEMANN (pág. 34). Mejor v. RUSSELL (l. c.); en BÜHLER (l. c.), pág. 12, y análogo en GARDINER (l. c.). PLATÓN define el lenguaje en el *Cratilo* como «*Organon*» para comunicar *uno a otro* algo sobre las *cosas*. Aquí está en germen la triple función que BÜHLER llamó «Manifestación, repercusión y representación» (1918) o bien «Expresión, apelación y representación» (1934).
- (3) GARDINER y BÜHLER consideran estrictamente el lenguaje oral, humano o animal, conjunto de «fonemas»; cuando tan fácil les habría sido abordar el tema general.

§ 7.—Lógica y Lenguaje.

- (1) «Error bastante arraigado—dice Croce—es considerar al lenguaje constituido por elementos lógicos», aduciendo como prueba que en casi todos los discursos se encuentran las palabras *éste, aquél, ser, hacer...*, es decir, conceptos; pero... ellos no agotan el lenguaje. Esto es tan verdadero que los que piensan así están obligados después a dejar como residuo de su análisis lógico elementos que consideran alógicos y denominan enfáticos, redundantes, coloristas o musicales, en que precisamente se oculta el verdadero lenguaje, que aquel análisis abstracto ha dejado escapar» (CROCE, *Lógica*, pág. 30).
- (2) v. LINDEMANN (*Leng. y Fil.*), CROCE (*Lógica*, y artículos en la *Revista Crítica*).
- (3) Para juzgar el tono dialéctico de Vossler contra los mismos positivistas, baste un pequeño ramillete. «¿Quién no se ha sentido asfixiado por el hedor co-

rrupto de esta filología positivista?» (*Pos. e ideal.*, pág. 45) «Para la filología positivista, es decir, para la recolección de materiales, basta poseer cuatro o cinco sentidos». Id., pág. 49.) «Se puede matar a los vivos y enterrarlos, y esto es realizado diariamente por muchos centenares de maestros de escuela». (Id., pág. 45.)

- (4) BALLY (*l. c.*), pág. 28. Es la cínica expresión del yerno de Poirier, que juega con la vanidad del suegro, sugiriéndole: «Usted, será conde»; y cuando éste se regodea con aire de modestia, replicando «Seamos razonables, barón solamente», el yerno estalla en risa; «¡Barón! ¡Señor Poirier!» Complicada tarea sería la de simbolizar esta frase que desborda el álgebra; y cuyas entonaciones sobrepasan también a toda teoría estilística.
- (5) Treinta años después de su ingreso en la iglesia «Vico-Crociana», la juvenil intransigencia de Vossler parece moderarse, cuando en sus «Gesammelte Aufsätze», 1932, al final de la monografía «Formas gramaticales y psicológicas», después de ensalzar «el descubrimiento de la fantasía como principio anímico vital del lenguaje» resume así su pensamiento final: «No es imaginable que la Gramática, o acaso la Matemática, constituyan un segundo principio». Y después de relegar la Gramática al papel de «castigatio y disciplina de la Fantasía, divina loca de la casa», y de pasar cautamente en puntillas al lado de la Matemática, concluye afirmando que el lenguaje ordinario «equidistante de los dos ideales—armonía matemática y armonía fantástica de la expresión—se mantiene en equilibrio oscilante, de continua evolución».

§ 8.—Nuestra posición.

- (1) VOSSLER (*Pos. e id.*), pág. 32.
- (2) BENOT, Eduardo: *Arquitectura de las lenguas*. 3 vol. Madrid. (sin año). Otras obras son: *Breves apuntes sobre los casos y las oraciones, preparatorios para el estudio de las lenguas*. Madrid, 1888. *¿Qué es hablar?* Discurso de ingreso en la R. Academia Española. 1907. *Arte de hablar. Gramática Filosófica de la lengua castellana* (obra póstuma). Madrid, 1910.
- (3) «El error capital (de Hegel) fué el abuso del método dialéctico, el cual, habiendo surgido para resolver filosóficamente el problema de los opuestos, fué extendido por Hegel a los conceptos distintos...; de aquí la imposibilidad en que se encontró de atribuir el oficio y valor justo a las formas alógicas del espíritu.» (CROCE, *Lógica*, pág. 376-377.)

§ 9.—Claridad y unicidad.

- (1) La poesía es inefable, por falta de un medio etéreo, capaz de transmitir la emoción poética, nebulosa e imprecisa por su propia naturaleza.
- Mauricio Barrés ha expresado bellamente la angustia del poeta que lucha con el lenguaje, *demasiado preciso*: «Lo mejor quedará siempre en mí mismo... Las palabras no pueden llevar a la superficie de nuestro ser nuestro fuego y nuestra luz... Desde la experiencia del poeta hasta la experien-

cia que se quiere provocar en el lector, hace falta un agente transmisor, un Ariel... Y no dispongo más que de palabras demasiado claras, demasiado precisas; con ellas tengo que provocar en mis lectores una impresión velada, análoga a la mía. Trato de asir lo inasible, por sus dos alas, aunque no deje entre mis puños burlados más que una vaga nube de plumas ligeras. Es la lucha con el ángel, de la que no se puede salir sino vencido; pero es una derrota que tiene su corona.» (M. BARRÉS, *Mystère en pleine lumière*, página 64.)

§ 10.—Homónimos, Sinónimos y Tropos.

(1) Aristóteles define así lo que llamamos *tropo*: «Metáfora es la introducción de un nombre ajeno traspuesto del género a la especie o de la especie al género o de la especie a otra especie por analogía» (*Poética*, cap. 21.). Aunque parece incluida la *sinécdoque* (según la nomenclatura de la Academia, sustitución de todo por la parte o viceversa) estrictamente considera Aristóteles como metáfora la *analogía*.

(2) La metáfora *juventud=primavera* (de la vida) hace *sinónimas* dos palabras que son simplemente afines, o análogas en cierto aspecto; pero, por otra parte, en la frase «pocas primaveras se disfrutaban en la primavera de la vida» se usan dos *homónimos*.

La metáfora *perlas=gotas de rocío* hace dos sinónimos; pero en la frase «las perlas de su collar brillaban como perlas de rocío» se introducen dos homónimos. Lo mismo cabe hacer para todo tropo.

(3) VOSSLER (*Pos. e ideal*, pág. 34).

(4) PASCAL, B.: *Sobre la elocuencia y el estilo*, n.º IV; se la atribuye Bossut, pero no figura esta frase en otras copias.

(5) Las más antiguas estatuas griegas que se han encontrado están pintadas y cubiertas de vestidos multicolores; la escultura parece haber dado la pauta a todas las bellas artes, en su tendencia a la desnudez. Ningún arquitecto se atrevería hoy, sin general rechifla, a convertir una fachada en muestrario del jardín Zoobotánico, según se estiló algunos años del s. XIX, de acuerdo con las normas románticas (v. nota 7).

(6) También al estilo es aplicable la frase de Schopenhauer: «Porque los griegos conocían la estúpida fealdad del vestido lo reducían a su mínima proporción.»

(7) Tanto ha variado el gusto, que hoy no comprendemos las normas de belleza de los románticos; por ejemplo, éstas sobre la Arquitectura, formuladas en su tratado por Augusto Schlegel: «El edificio que carece de simetría no merece el nombre de obra de arte». «Para concluir la obra vienen los adornos. Todo el reino vegetal y el animal pueden ser puestos a contribución para el adorno.» (A. G. SCHLEGEL, *Teoría e Historia de las Bellas Artes*, cap. IV.)

En Arquitectura como en Literatura, vale hoy la norma *funcional*, equivalente al «interés práctico» que Vossler propugna con este apotegma, válido para entrambas: «Columna que sostiene; no ornamento inútil».

§ 11.—Isomorfismo interno del lenguaje.

(1) Sobre el estilo hay literatura muy copiosa, que desborda nuestro marco. Interesantes son los párrafos de Vossler en sus libros citados, así como Bally, pág. 39 sig., 98 sig. En libros españoles olvidados se encuentran algunas ideas aprovechables. El ensayo de Pascal ha sido ya citado en la nota de § 10.

(2) VOSSLER (*Pos. e ideal*, pág. 32).

(3) Más desacertado que Vossler anda PREZZOLINI (*Il linguaggio come causa d'errore*, Firenze) cuando dice—según cita de aquél—que «toda lengua es fuente necesaria de error, una falsificación o, al menos, un bosquejo grosero y desfigurado de nuestro mundo psíquico interior».

Como dice Vossler, «la tesis sería cierta si el hablante identificara realmente A con B, la representación con la expresión; pero los verdaderos artistas del lenguaje están siempre conscientes del carácter metafórico de todas sus palabras... A=B es para ellos un postulado y no un teorema.» VOSSLER, *l. c.*, pág. 33). Lo que probablemente quiere expresar en este oscuro párrafo final es que en vez de *igualdad* se postula la *conservación de la igualdad*; por desdicha, el inciso, «pero los verdaderos artistas...» es inadmisibile y excluye esta benevolente interpretación.

§ 12.—Valor cognoscitivo del lenguaje.

(1) He aquí algunos ejemplos en que se comprueba la *invariación* de las categorías respecto de las operaciones de adición y multiplicación lógicas, es decir, de la disyunción y copulación: «Alegre y confiado» es *cualidad*; y también lo es «Tonto o pillo».

«Ahora o nunca» es relación *temporal*, como también «Ahora y siempre».

«Antes y después» son relaciones *espacio-temporales*, así como «Antes o después».

«Pobre y enfermo» es relación de *estado*, así como «Roto o descosido».

«Comer y beber» es *acción* para el sujeto, como lo es «herrar o sacar el banco»; y para el banco es *pasión*.

La copulación y la disyunción de dos entes de una categoría pertenece, como se ve, a la misma; de otro modo: cada categoría es *invariante* respecto de ambas operaciones lógicas.

(2) La propiedad de invariación que poseen las categorías aristotélicas respecto de la copulación y disyunción no vale para las kantianas; como salta a la vista, por ejemplo, en *unidad* y *pluralidad*. He aquí una prueba más de la excelencia de la clasificación aristotélica, que ya hemos señalado en la memoria (3) citada a continuación.

(3) J. REY PASTOR: *Introducción a la Epistemología de Aristóteles*. (Revista *Philosophia*. Univ. de Cuyo. Mendoza, 1946.)

(4) VOSSLER (*Fil. del leng.*, pág. 29) habla con supino desprecio de la *Gramática lógica*; y más concretamente dice: «Todavía en 1907, Jak. van Ginneken,

Principes de linguistique psychologique, se consagra con la mayor seriedad a esta clase de ensayos.»

Colocado en ese plano, cualquier lógico podría retrucar: «Todavía en 1943 Vossler se consagra con la mayor seriedad a la teoría romántica del lenguaje, desenterrando trasnochadas ideas de Herder y Humboldt, sepultadas desde hacía un siglo.»

La argumentación de Vossler se reduce a este párrafo: «Pero lástima que la lógica gramatical no quiera coincidir *jamás* con la verdadera lógica. Lástima que la lengua no quiera renunciar a la mala costumbre de usar el representante del concepto de sustancia, el sustantivo, para expresar significaciones modales, relativas y hasta irreales; de elevar el adjetivo al plano de la sustancia; de poner la sustancia en comparativo; de cambiar la multiplicidad en cualidad; de trasponer la actualidad en el futuro, y de petrificar lo verosímil en lo absoluto; en suma, de entreverar revueltamente todas las categorías. ¡Si los más grandes y admirables maestros del idioma son los que con más frenesí se entregan a este peloteo!»

Esos «desajustes lógicos» esparcidos con delectación en las obras de Vossler son precisamente excepciones que confirman la regla; siendo de todo punto inadmisibles ese *jamás* que hemos destacado en el párrafo transcrito. Concretamente hemos analizado en el texto (§ 14 y § 18) los dos ejemplos a los que se concede máxima importancia, demostrando que no existen tales desajustes, sino perfecta sujeción a la lógica más estricta.

En cuanto a la pretendida refutación (p. 30) contra algunos filólogos, como Bally, quienes sostienen: «la evolución lingüística marcha en dirección a la Lógica», el párrafo de Vossler es tan endeble, que preferimos no comentarlo, sometiéndolo al imparcial juicio de los lectores.

- (5) La teoría de los *Protokollsätze*, introducidos para sustituir a las *proposiciones atómicas* de Wittgenstein, fué desarrollada por NEURATH, *Radicaler Physikalismus und Wirkliche Welt* (Erkenntnis, VI, 5, 1934).

Las diversas posiciones de los positivistas lógicos ante esta teoría han sido analizadas por Carl, G. HEMPEL, *On the logical positivist's theory of truth* (Analysis, II, 4, 1935). Un resumen crítico puede verse en RUSSELL, *l. c.*, cap. X.

- (6) Libro ya citado en § 5, nota (1). Véanse especialmente: caps. IX, X, XI, XVII. Más cercano a la posición de Carnap se muestra en cap. XXII y a la de Reichenbach en cap. XXIII. La posición de Dewey es rechazada rotundamente en el mismo cap. XXIII, dedicado a polemizar con él.

§ 13.—Los poetas y la Lógica.

- (1) «En latín—dice BALLY (*l. c.*, pág. 71)—era posible asignar, según la vocal final, el género femenino a las palabras (*rosa, tabula, aqua*) que hoy son en francés *rose, table, eau...*; pero, desde el francés antiguo, por una serie de confusiones creadas por los cambios fonéticos, esa final ha dejado de ser significativa (compárese *rose* y *père*). Y actualmente *table, rose...* no pueden reconocerse como femeninos, mejor que *câble, couffle, four, mur...*, como masculinos... La distinción de los géneros es un lujo lingüístico, sin rela-

ción con la Lógica... El inglés no distingue los géneros, y no le va tan mal; ya se sabe que las lenguas internacionales abandonan igualmente esta distinción, considerada como inútil.»

Por su parte, VOSSLER (*Pos. e ideal*, pág. 36) da explicación subjetiva: «El hombre proyecta su modo espiritual en las cosas... Para el latino el sol es masculino; para el germano, femenino. Tales intuiciones tienen un buen fundamento; pero no en el sol, sino en el individuo que habla.»

- (2) Tal, por ejemplo, el del poeta Wieland, cuando dice «*die hässlichste meiner Kammermädchen*», mientras la frase correcta sería «*das hässlichste...*» (véase VOSSLER, *Formas gram.*, pág. 60).

Muy atinadamente analiza después cómo «sobre las huellas de los efectos involuntarios e ingenuos, van pisando en seguida los calculados (elipsis, pleonasmos, inversiones, etc.). De este modo se ha logrado el valor artístico de determinados desajustes entre las formas gramaticales y psicológicas del lenguaje. Lo que antes parecía error, o deficiencia, ha pasado a ser hoy mérito y recurso artístico», y a veces—agregamos nosotros—reajuste lógico.

- (3) BALLY (*l. c.*, pág. 215): «De hecho (ya lo hemos dicho) nuestras grandes lenguas de civilización marchan hacia un poco más de regularidad y de lógica.»
- (4) VOSSLER (*Formas gram.*, pág. 60) no reconoce explícitamente la tendencia general hacia la lógica, que apunta Bally; pero en este caso concreto, declara rotundamente: «No es irrazonable admitir que mediante la simple repetición de tales construcciones *ad sensum*, el género gramatical de *Kammermädchen* acabe por pasar del neutro al femenino. Es lo que está sucediendo, desde hace mucho, con *Fräulein*: se dice hoy casi tan corrientemente *die Fräulein Meier*, como *das Fräulein Meier*.»

§ 14.—Multiplicidad de significados.

- (1) VOSSLER (*Formas gramaticales y psicológicas*, pág. 154). Otro «error» (1c) cita de la misma revista: «*El que no lo haga tendrá dos días de arresto o diez marcos*». La *Vita* de Cellini—agrega—es una mina de estas incongruencias.
- (2) Véase, por ejemplo, la monografía de VOSSLER, ya citada en (1).
- (3) BALLY (*l. c.*), pág. 59.

§ 15.—Jerarquías de los lenguajes.

- (1) RUSSEL: *An Inquiry...* (Introd., pág. 21. Mayores desarrollos en cap. IV.)
- (2) LINDEMANN (*l. c.*), pág. 47.
- (3) Se desata el nudo, declarando el cretense: «*Miento*, excepto cuando digo *miento*.» Queda así definido el mentiroso de tipo I, y análogamente se define el de tipo II, III...; pero el mentiroso absoluto no existe.
- (4) TARSKI, A.: *Der Wahrheitsbegriff in dem formalisierten Sprachen*. *Studia Philosophica*, Id., I, 1935.

- (5) Russell demuestra (*An Inquiry*, cap. IV-V) que en el lenguaje primario no debe figurar ninguna palabra lógica: *verdadero, falso, aserción, no, o, pero, todo, algún, el*; y son innecesarios *existe, es, que, hay*. En realidad están implícitas en el lenguaje lógico. Así «amarillo (A)» significa «A es amarillo».
- (6) En su prólogo al *Tractatus* de Wittgenstein (*l. c.*) sugirió Russell un artificio para eludir la jerarquía de lenguajes, «mostrando» la sintaxis, sin expresarla con palabras; pero en su obra posterior *An Inquiry...* dice: «dos argumentos en pro de la necesidad de una jerarquía de lenguajes son de una fuerza irrefutable, por lo que en lo sucesivo daré por supuesta su validez.» (Ed. Losada, pág. 75.)
- (7) Queda dicho en el texto que las simulaciones del delincuente avezado, pero vulgar, para desorientar a la justicia (muy especialmente la de «probar la coartada») forman un lenguaje de orden 1.º; pero esas habilidades dejan olvidado algún cabo suelto, por el que todo se descubre; más difícil es la investigación del crimen de un primerizo, que nada hace por despistar (así me decía un alto jefe de la policía alemana); y sabiendo esto los delincuentes del orden 2.º, ni fingen coartada ni hacen nada por ocultar, excepto en los casos en que no hacerlo sería demasiado peligroso; pero aún cabe el alarde de hacer excepciones dentro de esos casos excepcionales, dejando en claro algo que convendría desfigurarse, y ese refinamiento definiría un orden 3.º; etc.
- (8) No hace muchos años el rumor público señaló a un médico de Massachusetts como autor del asesinato de su esposa, envenenada con arsénico. Inmediatamente se presentó ante el juez, solicitando ser procesado. «Es obvio—declaró—que un graduado de Medicina no cometería la insensatez de recurrir al arsénico (cuyo fácil reconocimiento está al alcance de un mozo de laboratorio) habiendo tantos medios de matar sin rastro.»

El escritor Pitigrilli concluía: «El razonamiento del doctor es perfecto; yo, jurado, me pronunciaría por la absolución». «Si el proceso ha llegado a su última fase, es que la lógica no ha funcionado ante el comisario, ni ante el juez, ni ante el fiscal».

Mi opinión es otra: esos expertos en lenguajes de delincuentes sabían más que el escritor italiano; y sus buenas razones habrán tenido para asignarle al avisado galeno un índice superior de delincuencia.

§ 16.—Lenguaje de la Ciencia.

- (1) Siendo esta correspondencia isomorfa la aspiración máxima a que se ha visto constreñida la Física, desde el cisma ondas-fotones, se comprende la unánime repulsa que en la reunión internacional de Ginebra (sep. 1952) mereció el ponente Schrödinger, al declarar que «nunca fué más oscura nuestra *imagen* del universo»; y tras esta declaración, que habría parecido dictada por Galileo o Huygens, el gran creador de nuestra Mecánica ondulatoria, sostuvo que debería darse preferencia al carácter ondulatorio de la radiación, respecto del corpuscular.

Este ruidoso incidente revela cuán arraigada en las mentes de algunos físicos está la concepción realista, a prueba de fracasos.

§ 17.—La lingüística abstracta.

- (1) PEIRCE, C. S. : Collected papers. (Vol. II.) Cambridge (Mass), 1931.
- (2) He aquí las obras más notables, incluyendo alguna ya citada en el § 1 (2) :
MORRIS, C. W. : *Logical Positivism, Pragmatism and Scientific Empiricism*. París, 1937.
CARNAP, R. : *Logical Syntax of Language*. Wien, 1934 ; London, New York, 1937.
Foundations of Logic and Mathematics. Intern. Enc. of Unified Science. Vol. I, n.º 3. Chicago, 1939.
TARSKI, A. : *Grundlegung der wissenschaftlichen Semantik*. Actes du Congrès international de philosophie scientifique. París, 1936.
- (3) Un «sistema semántico» es un conjunto de signos de dos tipos distintos : los signos *descriptivos*, clasificados en *nombres* y *predicados* ; y los signos *lógicos*, divididos en dos clases :

Constantes lógicas : «es», «son» ; «no» ; «y» ; «sí» ; «luego» (entonces) ; «alguno» ; «cada» ; «todos».

Variables lógicas : x, y, \dots , que representan clases. Una *proposición semántica* o «sentencia» es de estos tipos : 1) España es isla. 2) Este año no es bisiestro. 3) Si 3 es par, 4 es par. 4) Para todo x , si x es azul entonces x es pequeño.

No se precipite el lector a descubrir que algunas de estas proposiciones son falsas, pues aquí se trata del *sentido*, no de la *verdad*, que es cuestión aparte (en estos dos ejemplos, sólo dos son verdaderos, pero todas tienen sentido).

- (4) Nociones esenciales son : *lenguaje objeto* y *metalenguaje*, cuyo significado importa aclarar.

Con la terminología de Carnap *lenguaje-objeto* es el que nos proponemos estudiar, expresando nuestros resultados en otra lengua, por ejemplo en castellano, que sería en este caso el *meta-lenguaje* ; nombre correlativo de la *meta-matemática* y *meta-lógica*, introducidos por Hilbert.

Para Russell el *lenguaje-objeto* es el lenguaje *primario*, exento de toda palabra lógica (y, o, es, no, algún, todo, que, pero, verdadero, falso) que en § 15 hemos definido. Como se ve, son nociones muy diferentes ; y para evitar confusión hemos usado con preferencia en el texto el calificativo *primario* o *ingenuo*.

§ 18.—Lenguaje poético.

- (1) Especial mención entre los innumerables ensayistas merece el académico rumano Servien, autor de varios estudios serios :

SERVIEU, Pius :

1) *Lyrisme et structures sonores*. Méthodes pour choisir. These (Sorbonne). París, 1930.

2) *Science et poésie*. Flammarion. París, 1947 (250 págs.).

3) *Le langage des sciences*. París, 1931. 2.^a ed. Hermann, 1938.

4) *Sagesse et poésie*. Fayard. París.

Los dominios que hemos llamado «lenguaje exacto y figurado» son afines, si no coincidentes, con el «Langage des Sciences» y con el «Langage lyrique» que Servien pretende haber descubierto (pág. 20 de «Science et poésie»).

- (2) La confusión entre poesía y versificación explica que en tiempo de Voltaire fuese moda de buen tono ser poeta, es decir, componer versos; habilidad que contaba con manuales docentes, como el ajedrez. Y hasta se equiparaban ambas destrezas paralelas:

«On peut régarder la poésie comme un jeu d'Échecs; l'ouvrage du Père Mourgues en apprend la marche générale et les évolutions différentes». Así dice el editor al frente de la obra:

P. MOURGUES: *Traité de la Poésie française*. París, ed. de 1724.

- (2) Con estos dos versos y su análisis inicia Vossler su monografía «Gramática e Historia lingüística» que encabeza la obra designada como núm. 4 en § 1 (2), o sea el libro «Filosofía del lenguaje».

§ 19.—Lenguaje metafísico.

- (1) Dato tomado de LINDEMANN (*l. c.*, pág. 14), quien dice haberlo leído en una revista inglesa.

- (2) Véanse diversos pasajes de Carnap, especialmente:

CARNAP, R.: *La Science et la Métaphysique devant l'Analyse logique du langage*. Erkenntnis, II, 1931. Trad. de Boll: Actualités. Hermann. N.º 172. París, 1934.

- (3) HEIDEGGER, Martin: *Hoelderlin y la esencia de la poesía. Esencia del fundamento*. Trad. de J. D. García Barca. Ed. Séneca. México, 1944 (184 págs.). Repetidamente se escribe *Hoelderling* en esta traducción. No hemos visto el original.

§ 20.—Finitud del lenguaje literario.

- (1) Pásese revista, por ejemplo, al apólogo de Esopo sobre el jumento cargado de riquezas; solpédo que es una mula en Fedro, un mulo en Lafontaine y un burdégano en Samaniego; pero la moraleja es esencialmente la misma.
- (2) «Que nadie se atreva a decir que nada ha dicho de nuevo; la disposición de las materias es nueva... Los mismos pensamientos forman otro cuerpo de discurso por una disposición diferente, como las mismas palabras forman otros pensamientos según su diferente disposición.» (PASCAL, *Elocuencia y estilo*, XXV.)

La palabra *caballero* en ciertos momentos y en cierto tono es grave injuria, como lo fué la palabra *señora* en el famoso proceso por injuria contra un noble que había llamado *chameau* a cierta dama. Incluso palabras sin

sentido se hacen insulto por el tono, como el apóstrofe «¡So alfa! ¡So bebeta!» con que un estudiante de Bonn hizo llorar a la verdulera más procaz, según cuenta Bühler: «Porque en el insulto como en la música, casi todo depende del tono.» (BÜHLER, *l. c.*, pág. 45.)

§ 21.—Pasigrafía del lenguaje.

- (1) Las discrepancias de los gramáticos al definir *nombres y adjetivos* (compárense las obras de Bello, Cuervo, Lenz, Isaza, Benot, Padilla, Selva..., con la Gramática de la Academia); y las fluctuaciones de cada autor (cotéjense las diversas ediciones de esta obra de autoridad máxima) son indicios de imprecisión del concepto, que ocasiona patente perplejidad en todo tratadista.

Definir el adjetivo por la condición de «juntarse al sustantivo para calificarlo o determinarlo» sería lógicamente perfecto, si no se abriese esta escapatoria: «a menos que se le emplee sustantivado». Ahora bien: repasando largas listas de adjetivos calificativos, se ve que la mayoría admiten uso como sustantivo. No faltan excepciones: agrícola, azul, baladí, capaz, cortés, feliz, gris, verde...; pero en toda guerra o juego de bandos, los colores que los distinguen se sustantivan para designar éstos; y también cabe hacerlo con otros calificativos opuestos: corteses y descorteses, capaces e incapaces, felices e infelices, etc. También se sustantivan los adjetivos que expresan cualidad fisiológica, moral o intelectual. Ejemplos. analfabeto, barbilindo, ciego, cretino, imbécil, ignorante, mudo, sabio, sordo, tonto, zonzos.

Mas, ¿para qué multiplicar tipos y casos, cuando todo adjetivo x aplicado a un nombre común produce una clasificación en dos especies que brevemente llamamos los x y los no x , sustantivando la x ? Así hemos hecho en § 11 al comentar la clasificación ante la teoría de Vossler en *obedientes, suicidas y críticos*; y así sustantivaba adjetivos Bernard Shaw al decir: «los capaces crean; los incapaces enseñan».

Resumen: *todo adjetivo calificativo de ciertos elementos de una clase es también sustantivo que designa la subclase en ella definida.*

Recíprocamente: *todo nombre común que designe una especie puede considerarse como adjetivo calificativo del género superior.* Ejemplos: los galgos y los podencos de la conocida fábula son adjetivos calificativos de *perro*; el gato y el león son el *felix catus* y el *felix leo*; las innumerables profesiones masculinas y femeninas enumeradas en la Gramática como sustantivos (albañil, capitán, empleado, escritor, escultor, pintor, poeta, profesor, sargento, soldado...) son también adjetivos calificativos de los nombres comunes *hombre y mujer*.

La indecisión y contradicciones de los gramáticos (*) al tratar esta distinción (v. especialmente la famosa *Gramática Castellana destinada al uso de los americanos* de Andrés Bello) revelan no haber encarado la esencia ló-

(*) ¿Por qué razón *escritor, poeta y payador* están clasificados como sustantivos, mientras *cantor y versificador* figuran como adjetivos?

Téngase en cuenta que el *payador* es a la vez cantor y versificador. ¿Quizás quieren distinguirse estas «cualidades» de aquella «profesión»? No; pues *poeta* tiene más de cualidad que de profesión; pero se clasifica como sustantivo; y *cantor* «principalmente si lo tiene por oficio» se rotula como adjetivo.

gica del problema, que se reduce a mirar la doble faz de cada clase. *Sustantivar* un adjetivo significa pasar de la *comprensión* a la *extensión*; y el paso inverso, que consiste en extraer por abstracción de una clase las cualidades o notas que componen su comprensión, se llama *adjetivar* el nombre genérico de la clase.

Firmes en este punto de vista, identificamos irrespetuosamente los *nombres* comunes o *genéricos* con los *adjetivos* llamados *calificativos*, porque de uno u otro modo designan clases; y representaremos éstas, en nuestra pasigrafía, por una letra minúscula.

Quedan al margen los llamados «adjetivos determinativos» que en verdad son «cuantificadores» y merecen simbolismo especial en nota (4).

Un sustantivo calificado por uno o varios adjetivos, es decir, un elemento de la subclase o especie que éstos definen en una clase o género, se representará escribiendo la minúscula que designa el género o nombre genérico con subíndices que expresen esos calificativos. Ejemplos: anchurosa cuadro (c_a); ricos tapices flamencos ($t_{r, fl}$).

- (2) La letra griega leída en orden natural (izquierda a derecha) expresa la acción; la pasión o voz pasiva se expresa invirtiendo el orden, o bien la letra que representa el verbo. Así: los números rigen el mundo ($n\delta M$); el mundo es regido por los números $M\eta n$.
- (3) Los *tiempos* de un verbo se denotarán con los signos + (futuro) y — (pretérito). Así: Bruto mató a César (Bk^-C); César fué asesinado por Bruto (Ck^+B).
- (4) La *cuantificación* de los nombres se realiza con los numerales 1, 2, 3, ... y con los símbolos 0 (ninguno), \times (*algunos*), Λ (*todos*). Ejemplos: Todos los hombres morirán ($\Lambda h\theta^+$). La cuantificación del tiempo puede expresarse en días u otra unidad. Ejemplos: ¿Nevará mañana? ($v^{+1} ?$). Ayer escribí tres cartas ($Y\gamma^{-1} 3c$); anteayer heló tres grados ($\pi^{-2} 3^\circ$); Ricos tapices flamencos adornan todas las paredes ($x t_{r, fl} \kappa \Lambda p$); las cuatro paredes están adornadas por tapices ($\Lambda 4 p \kappa x t$).

Cada verbo se ha representado por la inicial de su nombre griego, pero esto no es esencial, pues el símbolo puede ser arbitrario.

- (5) Con las anteriores sucintas reglas y la designación del posesivo por apóstrofo, tenemos bastante para expresar simbólicamente el famoso romance del Duque de Rivas:

$$\swarrow (1 c'_a \ A_t \ x p \ \kappa \ x t_{r, fl}^1) \ | (m_g \ \times \ t_{t, n, b, o, t}^2) \ \nearrow (1 s_r \ \varepsilon \ t_E^3 \ A_I \ | \ a_b) \ \sigma^- (C^5 = C_E^I) \ \} \ t_{g, n}^4 \ a_{n, tr}$$

La traducción nos ahorra anteponer el vocabulario. Baste observar que la letra t , con diversos índices, representa sucesivamente: tapiz, tapete, timbre, talle; el significado de los nexos preposicionales salta a la vista.

En una anchurosa cuadro del Alcázar de Toledo, cuyas paredes adornan ricos tapices flamencos; al lado de una gran mesa, que cubre de terciopelo napolitano tapete con borlones de oro y flecos; ante un sillón de respaldo que entre bordado arabesco los timbres de España ostenta y el Aguila del Imperio; de pie estaba Carlos quinto, que en España era primero, con gallardo y noble talle, con noble y tranquilo aspecto.

- (6) Todo ensayo de simbolismo en el lenguaje evoca el recuerdo de «la idea, o más bien obsesión—como dice Croce—de Leibniz: la del establecimiento de una lengua constante y universal».

Lengua universal, Característica racional, Enciclopedia científica y Ciencia general son disciplinas emanantes de su *Ars Combinatoria* o Matemática universal, en cuya génesis influyeron no tanto el *Ars magna* de Lulio (que Leibniz estudió a los dieciocho años de edad y cuyas deficiencias reconoce) como los comentaristas del Arte luliano: Lavinheta, Agripa, Bruno, Alstes, Ivo de Paris, Kircher, etc. Especialmente se inspira en el *Pharus scientiarum* del jesuita Sebastián Izquierdo.

El estudio a fondo de las creaciones lógicas de Leibniz puede verse en el famoso libro de Couturat. Resumen y nuevos datos, en las publicaciones de los profesores Tomás y Joaquín Carreras Artau, que se ocupan especialmente de sus raíces eulianas.

A las creaciones lógicas de Leibniz viene dedicando profundo estudio Miguel Sánchez Mazas, que ya ha publicado meritorios trabajos en su revista *Theoria*, vol. I, págs. 63; 135-145; 167-168; referencias en otras publicaciones: Revista *Filosofía* del Instituto Luis Vives, 1951, págs. 529-534; XI^o Congr. int. de Phil., vol. V, págs. 218-223.

En lo concerniente al tema de nuestro discurso merece especial mención el *Hispanus quidam* citado por Leibniz, e identificado con el jesuita Pedro Bermudo por nuestro gran historiador de la filosofía española R. P. Ramón Ceñal, lamentablemente perdido para este campo de estudio, donde tan escasos andamos de auténticos investigadores.

§ 22.—Conclusión.

- (1) De Bally, lingüista suizo que bautizó la nueva disciplina, y de Vossler que la propulsó en Alemania, hemos citado las obras fundamentales. También de Spitzer hemos mencionado en § 1 (2) la incluida en la *Colección de Estudios Estilísticos* (t. I) dirigida por A. Alonso y R. Lida. Buenos Aires, 1932.

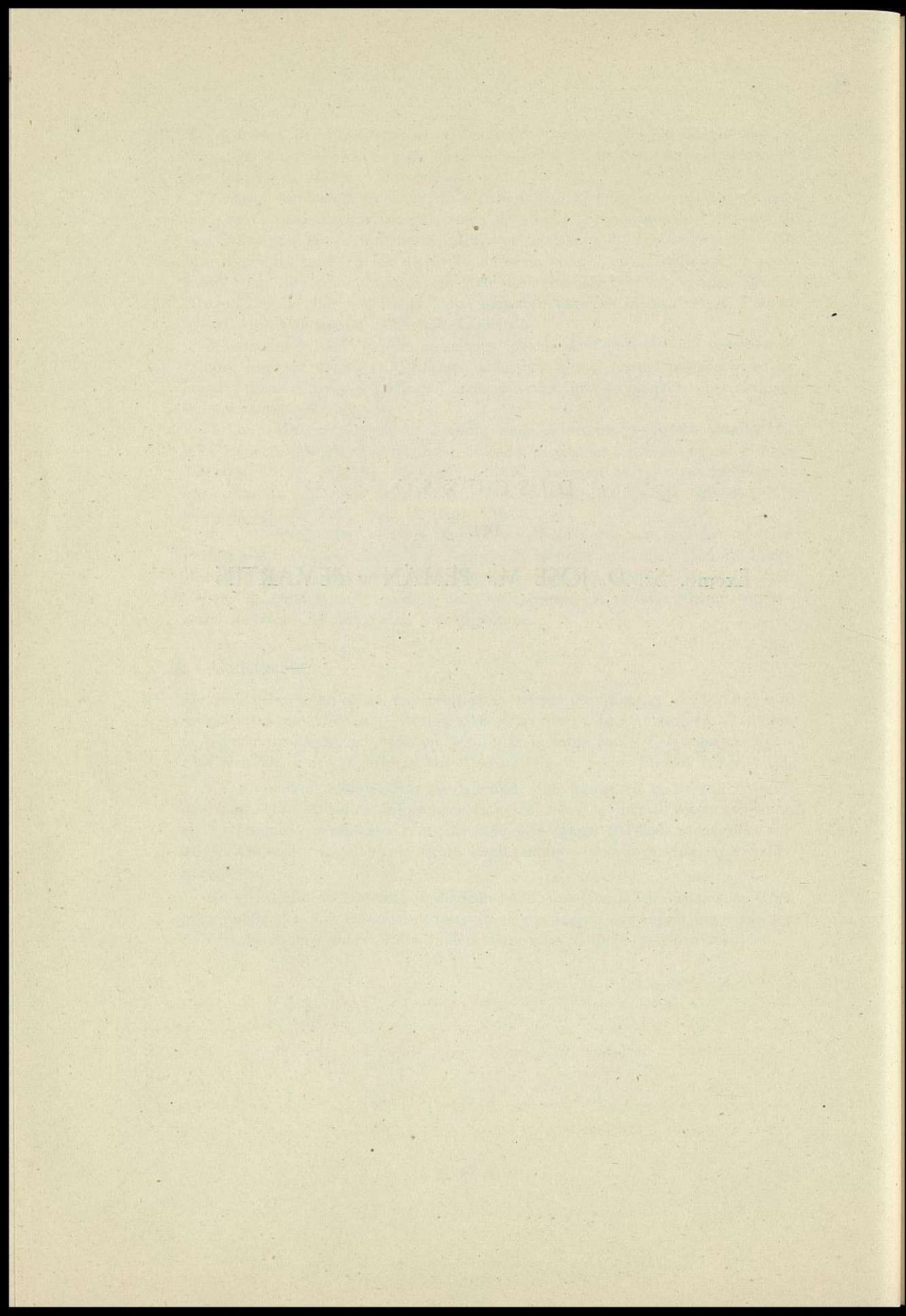
En el artículo bibliográfico de Hatzfeld, que figura en la misma colectánea (pág. 149-215) puede informarse el lector sobre la investigación estilística en las lenguas románicas; y en las adiciones (págs. 217-253) redactadas por A. Alonso y R. Lida, se completa copiosamente la información, con índice minucioso.

En el estudio de Hatzfeld se dedican cálidos elogios a los estudios de Gónzora publicados por Dámaso Alonso; y se consideran «de mano maestra» los de Amado Alonso sobre Valle Inclán, Groussac, Guillén y Güiraldes.

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. JOSE M.^a PEMAN y PEMARTIN



EXCMO. SEÑOR DIRECTOR.

SEÑORES ACADÉMICOS.

Porque la tarea de una Academia de la Lengua está a medio camino entre la pureza de la ciencia y el temblor de la vida, necesita reunir en su seno a los cultivadores de una máxima variedad de disciplinas que recompongan en torno a su mesa de trabajo como una miniatura de la vida toda, de la que la lengua es expresión.

Pero no se crea por ello que esta incorporación del «especialista» significa su simple utilización para dictaminar sobre los tecnicismos del diccionario, operando sobre la zona más superficial del lenguaje que es el vocabulario, y empleándose en una modesta función de colador o tamiz de exactitudes. Esta idea proviene de esa otra que concibe, con cicatería, al «especialista» como cultivador de una isla de conocimiento tan cerrada y exclusivista que sólo logra mantener la rigidez de su perfil acantilado a costa de la inmensidad oceánica de la ignorancia que la rodea. A ello daban pábulo los mismos especialistas que a menudo se ufanan definiéndose más por lo negativo que por lo positivo, más por lo que ignoraban que por lo que sabían. Yo he conocido poetas que se jactaban de no saber multiplicar. Y he conocido matemáticos que utilizaban, como aquel personaje quinteriano, en sentido despectivo la palabra poesía o la palabra literatura. «¡Eso es poesía!» o «¡eso es literatura!» era la exclamación de la exactitud desdeñosa que repudiaba la vaguedad.

Ya en 1932, nuestro nuevo compañero D. Julio Rey Pastor, hablando ante la Academia de Ciencias, se lamentaba de ello: «Tenemos—decía—eximios especialistas..., pero carecemos, con muy singulares excepciones, de hombres de cultura general» (1). Si bien, en seguida, se apresuraba a puntualizar este último concepto, explicando que no significa un simple barniz de *omni re scibile*; un atropellado hojear ese libro imaginario que el burlón de D. Juan Valera llamaba «libro de todas las cosas y otras muchas más»; posición que desemboca inevitablemente en ese atracón de noticias más vomitadas que digeridas, que dan lugar al empleo peyorativo de la palabra «ba-

chiller» o «bachillera», y acaban en otra manera de paradójico especialismo, el peor de todos por su infecunda petulancia, que es el especialismo de las generalidades.

El matemático universal, el científico humanista, que hoy viene a sentarse con nosotros, es la viva realización de esta idea que ya él esbozaba en 1932: el armonioso equilibrio de un especialismo y una cultura general.

No hay especialista de buena cepa que no sienta en algún momento el cansancio de sus propios límites: el gozo y la llamada de un humanismo más integral. Sin que ello sea «dilettantismo» ni dispersión, sino reinstalación de su disciplina especial en la armonía plena del saber. Será un día un insigne otorrino, como el Dr. Tapia, que escapándose de su clínica diaria, se dedica, con visible complacencia, a diagnosticar la sordera de Bethoven, haciendo temblorosa y poética su prosa de clínico al enfrentarse con la magnitud del impalpable cliente; o será nuestro gran arqueólogo y compañero Gómez Moreno, que se deja vencer por la picante tentación de dar gracia de novela—«la novela de España»—a su saber de especialista sobre los orígenes de nuestro pueblo. Así es cómo Rey Pastor tiene en los capítulos de su biografía o en el catálogo de sus obras una soleada periferia no estrictamente matemática; un florido paseo de ronda por otras curiosidades humanas. Por eso, «aureolada su didáctica de tan excepcional aliento humano»—como decía Puig Adam—, ha sido tan inestimable maestro; tan fecundo creador de obras y eficacias vivas como la *Revista Matemática* o el Laboratorio Matemático; tan excelente vulgarizador, capaz de herir los problemas más abstrusos con haces de luminosa y humildísima claridad, hasta poder enorgullecerse, en frase de Esteban Terradas, de «haber demostrado por primera vez la posibilidad de popularizar la quinta esencia de la Matemática superior» (2); tan curioso, en fin, de toda curiosidad, como lo demuestra en sus discursos y artículos periodísticos, donde ha tocado problemas de toda especie, desde los que casi podríamos llamar de matemática recreativa (3), como el tan reciente sobre la forma de la tierra en la revista «Origen», pasando por los que abordan cuestiones pedagógicas o administrativas (4), hasta los que sondean profundamente la historia de la ciencia y se recrean en las figuras de Raimundo Lulio, de Juan de Herrera, de los matemáticos españoles del Siglo de Oro como Sánchez Ciruelo, Martínez Silíceo, Alvaro Tomás; de Copérnico, de Descartes, de Echegaray, de Galdeano; de la contribución de los judíos a la Ciencia; de los mate-

máticos suizos; estudios todos en que el rigor del técnico se proyecta hacia mil ampliaciones humanas, o hasta se dispara hacia altas trascendencias emocionadas como en aquel libro sobre la *Ciencia y la Técnica en el descubrimiento de América* (5), donde, valorando del todo por vez primera la influencia del error en la determinación de la longitud geográfica, casi nos la ofrece como providencial designio que con aquella equivocada cercanía de la distancia física anticipaba una auténtica y futura cercanía del espíritu y del amor.

Aún quiero destacar, aparte, el tenaz esfuerzo de investigación que Rey Pastor ha consagrado, sin apoyo oficial alguno, a la cartografía medieval, en paciente búsqueda de muchos años por las bibliotecas de ambos continentes. Un naufragio, en 1951, estuvo a punto de malograr todo este esfuerzo, si la riojana tenacidad de nuestro nuevo compañero no se hubiera decidido a una reconstrucción de todo lo andado, cuyos frutos nos permitirán apreciar nuevos valores de los famosos «Beatos» y de los portulanos mallorquines. Rey Pastor ha andado mucho por esos mundos. Pero España ha andado siempre con él.

He dejado de intento para el final de este recuento de su catálogo bibliográfico no estrictamente matemático, el rico capítulo que Rey Pastor ha dedicado a la *Epistemología* o filosofía de la Ciencia (6); porque es esa parcela de su curiosidad vivísima la que nos lleva ya directamente al discurso que acabamos de escuchar y al través de él a la zona de mi particular vocación donde yo puedo brevísimamente comentarlo.

Rey Pastor se pone resueltamente al lado del insigne profesor de la Sorbona, Painlevé, cuando, escandalizando vulgares beaterías de los profanos, afirma el valor muy relativo que la experiencia ha tenido en la formación de la Ciencia moderna. El fracaso de los postulados científicos aristotélicos nace precisamente de su carácter groseramente empírico y experimental. El éxito de la Ciencia de Galileo y Copérnico nace en cambio de que, habiendo transcurrido entre Aristóteles y ellos largos siglos de filosofía escolástica, eran poseedores de unas ideas *a priori*, anteriores a toda experiencia, que les guiaron en la creación de la Mecánica, cuyos axiomas fueron casi totalmente deducidos por un gran esfuerzo lógico del principio de causalidad, sin que el método experimental jugara más que un papel auxiliar y comprobatorio. Sin una coordinación previa, lógica y sistemática del universo físico—ha dicho Einstein—, los hechos experimentales son caóticos y no alcanzan categoría científica. Cuando el

físico, manipulando un aparato—ha añadido Poincaré—, certifica que por un determinado conductor pasa una corriente eléctrica, el simple profano, cree que está presenciando una pura experiencia. Pero la parte de la experiencia no pasa, estrictamente, en este caso, de afirmar que una aguja se mueve sobre una graduación o una señal luminosa sobre una escala, según el aparato empleado en la comprobación. Un positivista consecuente no podría afirmar nada más. Afir-mar que aquello revela que pasa una corriente eléctrica no puede ya hacerse sin poseer una estructura teórica previa, sin entrar en plena inducción especulativa, puesto que la corriente eléctrica es un puro postulado teórico cuya realidad nos es ignorada y está totalmente fuera de nuestro conocimiento experimental.

Si tan importante es, pues, para Rey Pastor este ángulo de visión epistemológico de la Ciencia, hasta el punto de afirmar que el primer aparato que se necesita para penetrar la Física actual, es una adecuada conformación del cerebro, hay que empezar a curarse de todo espanto al ver cómo él, al acercar su cerebro poderosamente conformado para la matemática y para la filosofía, o la Lingüística, relaciona, con pulso tan seguro, zonas que, a primera vista, pudieran parecer tan dispares como el álgebra y el idioma.

La lengua es un hecho social, una realidad viva. Ya en su más empírico y elemental tratamiento—la Gramática—lleva implícito un enfoque no ajeno a la matemática, porque es un enfoque estadístico. Y no debe extrañarnos porque toda la Sociología recibe hoy un poderoso auxilio matemático de la estadística y el cálculo de probabilidades. «El uso—escribe Rey Pastor—, razón suprema en que se apoyan las autoridades de cada idioma para dictar sus normas, significa mayorías de votos recontados *ad sensum*». Al afirmar esto no se lleva el hecho lingüístico hacia ninguna abstracción, sino que se acentúa su realismo y se acerca a la realidad física, hoy tantas veces fijada por meras leyes estadísticas. Cuando matemáticamente se calcula que en tal región el promedio de hijos de cada familia es de dos hijos y medio o de dos y tres cuartos, no cabe duda que ninguna mujer ha tenido nunca ese medio hijo ni esos tres cuartos, pero tampoco cabe duda que el crudo realismo de los dividendos de una sociedad de seguros o de los cupos de un sistema de abastos se basan, sin error, en la absoluta realidad subyacente, en esas cifras irreales en sí. Lo mismo en el plano lingüístico. El lenguaje que emplean los personajes de Cervantes, de Benavente, de Palacio Valdés o de Balzac, es un lenguaje que no habla exactamente nadie y que, no obs-

tante, es realista, porque tiene la misma realidad estadística que ese medio o esos tres cuartos de hijo que nunca parió ninguna madre y sin valorar los cuales, sin embargo, fracasarían todos los seguros y todos los abastos.

Si, pues, no es desecación del idioma, sino hallazgo de su más cierta realidad, ese primer enfoque matemático y estadístico que ya la Lexicografía y la Gramática suponen, tampoco hay que pensar asustadizamente que lo sea ese intento que Rey Pastor ha aventurado de algebraización del lenguaje.

El nuevo compañero se ha adelantado a prevenir ese recelo. «El tema *álgebra del lenguaje*—escribe—es ya despropósito bastante para irritar a oradores, poetas y escritores». He aquí, sin embargo, frente a él, un modesto escritor, orador y poeta que no está irritado.

Esa irritación y recelo que Rey Pastor se adelanta a prevenir son los que podrían resultar de la confusión de técnica y ciencia, que él señala, puesto que, ciertamente, no la Ciencia, pero sí la Técnica, parece que no florece sino a costa de un tanto de deshumanización de la vida. Mientras la cultura fué esencialmente humana parece que había como una pantalla antropomórfica o animista que entorpecía esa directa manipulación de la Naturaleza en que la técnica consiste. El avión no pudo inventarse hasta que el puro problema físico-matemático se sobrepuso a la sugestión de la realidad animal de la forma y vuelo de los pájaros, que pretendieron calcar los inventores de aparatos de volar desde Leonardo de Vinci; como la invención del reloj necesitó robarle la idea del tiempo al individuo, deshumanizarlo, para lograr que la hora de dormir o de comer no fuera la hora subjetiva del sueño o el apetito, sino la cifra que señalara un aparato sin imaginación. El día en que un hombre de la Edad Media se sentó a comer sin ganas porque un recién inventado instrumento así lo señalaba, había empezado el dominio de la máquina y había empezado, como véis, a costa de la espontaneidad de lo humano. Todo esto produce cierto horror antitécnico en el hombre español, tan profundamente subjetivista que no sabe ver ni la naturaleza sino desde su observatorio íntimo, y tiene en su lenguaje matices tan expresivos como el «nos amaneció por el camino» o «les llovió por la carretera»; porque hasta los fenómenos y meteoros celestes supone el español que son episodios que sólo ocurren en el área insobornable de su individualidad.

Pero el intento algebraico de Rey Pastor sobre el lenguaje no tiene nada que ver con una desecación técnica de ese grande y ca-

liente tesoro personal y humano. No se trata, como en el caso de la *Pleremática* de Jens Holt, de que dió cuenta en España nuestro Julio Casares (7), de clasificar los *pleremas* o unidades de contenido del lenguaje y los *morfemas* de género, número, modo, etc., que lo modifican, pretendiendo llegar a una especie de notación matemática del idioma que, automáticamente y sin apelación posible, clasificaría las voces dentro de las categorías gramaticales.

No se trata de esto en Rey Pastor: casi pienso que se trata de todo lo contrario. Rey Pastor se da cuenta de que la Gramática se limita a aplicar al lenguaje la lógica aristotélica, organizando simplemente, según ella, las palabras y oraciones. Pero no hay una sola lógica, sino varias. Hay la lógica aristotélica, toda ella basada sobre el razonamiento apodíctico estrictamente racional; pero hay también la lógica que se ha llamado vital o Iuliana o hegeliana, que se basa en el argumento de congruencia que afirma de cada cosa aquello que, sin ser a menudo estrictamente demostrable, es congruente con su naturaleza. Esta es la lógica de toda creación humana en movimiento. No la lógica aristotélica propia del ser inmóvil de Parménides, sino la lógica viva propia del fluir dinámico del río de Heráclito. Y es en esta lógica caliente, humana, donde Rey Pastor instala su tratamiento algebraico del lenguaje, sobre todo en su función semántica y creadora, que no trata de formular unas igualdades de tipo aristotélicos, sino un amplia correspondencia que él llama *isomorfismo* entre un orden de símbolos y un orbe de significados. Estamos, pues, en plena lógica de congruencia... Y estamos, le añadiría yo a Rey Pastor, en plena lógica española. El dinamismo psíquico del español tiende a ese tipo de lógica; como lo revela ese tamiz del idioma que cuando dice «es lógico que esto ocurra», «es lógico que mañana llueva», lo dice precisamente de aquellas cosas que no son estricta y racionalmente demostrables, sino congruentes con la naturaleza de la cosa misma. Esa es la lógica que mueve y calienta nuestras hipérbolas, nuestros pleonasmos; la lógica subyacente en ese ilogismo esencial a todo producto lingüístico de que hablaba Charles Bally y que se acentúa en nuestro español creador e imaginativo, desde el pleonástico «do vi con mis ojos», al hiperbólico «cuesta un ojo de la cara», pasando por la antítesis «bonito negocio» para decir que fué malo; ilogismo antiaristotélico que es mecanismo usual de la mente andaluza, que dirá «Fulano viene a pie», para celebrar su hermoso caballo, o «está viudo Zutano», para celebrar su hermosa mujer, y que, pese a las mil explicaciones eru-

ditas que de ello se han dado, yo creo que llamó «flamencos» a los gitanos porque, al atraer éstos la atención por atezados y negros, tomaron, por ilógica y riente antítesis, el nombre de los caballeros flamencos, que, por blancos y rubios, escandalizaban a la morena Bética.

¿Cómo va, pues, a irritarnos a los poetas que Rey Pastor, dentro de un terreno de lógica simbólica, aplique esa ancha relación algebraica de símbolos y significados, si es esta precisamente la lógica de la creación poética? Rey Pastor lo sabe, y por eso el lenguaje poético sale tan bien parado de su estudio; hasta el punto de que bien puedo yo dedicar la última parte del mío a transmitirle la gratitud del gremio.

El poeta, para Rey Pastor, colabora al dinamismo del lenguaje y lo corrige y depura con una continua labor de re-creación.

Yo soy lego en el problema del origen del lenguaje. Me tranquiliza de mi ignorancia el oír a autoridad tan cimera como Julio Stezel (8) que este es un «problema límite» casi conexo con el problema mismo del origen del mundo. Me consuela pensar que este es de los casos en que al ascender de lego a especialista, si ambos son honrados, no se hace otra cosa sino, al través de un largo camino de hipótesis insuficientes y de suficientes petulancias, transitar de una humildad primera a una definitiva humildad.

No creo que en ningún caso se pueda avanzar en esto mucho más allá de aquellas palabras de Humboldt (9) que consideran ese fenómeno «por completo inexplicable». No se concibe—explica—la formación del lenguaje como un proceso lento de invención humana. El lenguaje es característica propia del hombre. El hombre es un ser que habla. «El hombre—dice exactamente—es hombre por el lenguaje. Para inventar el lenguaje, tenía ya que ser hombre». El lenguaje es algo que le fué dado al hombre de un modo espontáneo, adherido a su propio desarrollo cognoscitivo, como un «instinto intelectual de la razón».

Pues bien, sentado esto, el poeta es el ser que reproduce en su zona individual ese mismo proceso instintivo que se produjo en una zona social y colectiva. «Yo no conozco—dice Charles Bally—destino más trágico que el de la poesía» (10). Nadie disputa al escultor su piedra, ni sus colores al pintor. Piedras y colores son materias inertes que, anteriores a toda configuración, están ahí esperando pasivamente la configuración que el artista les dé. No tienen, frente a éste, más que una resistencia pasiva. Pero la palabra—materia prima del

poeta—le es disputada por todos los hombres y llega al encuentro del poeta influida por una enorme presión social; desgastada como una moneda que todos usaron para comprar sus urgencias materiales, mientras que el poeta la requiere para comprar sus sueños y sus estrellas. Por eso la palabra tiene, frente al poeta, además de la resistencia pasiva propia de toda materia artística, una resistencia activa que es su propia inercia y su tenaz resistencia a cambiar de servicio y significación. He aquí por qué la poesía, en su esfuerzo de re-creación del lenguaje, se toma la máxima licencia dentro de esa correspondencia algebraica que Rey Pastor encara entre símbolos y significados. La poesía—dijo Maurice Barrès (11)—será siempre «la lucha con el ángel, de la cual no se puede salir más que gloriosamente derrotado»; y Antonio Machado, forzando estas ideas hasta el límite, decía que no hubo más poeta total que el padre Adán el día que, en la mañana del Génesis, fué dándole su nombre a cada cosa. Ese es el único poema que se escribió estrenando palabras ingenuas y virginales. Aquel día la rosa fué nada más que rosa y el corazón nada más que corazón, sin que interfirieran la desnudez del signo, pura, la manipulación utilitaria del botánico que clasifica la rosa, o del cardiólogo que ausculta el corazón.

El proceso de correspondencia de símbolos y significados recibe así de la función poética un continuo esfuerzo re-creador que lo rejuvenece y lo reorganiza. El símbolo tiende a esquematizarse y quedarse retrasado de su contenido. Aquella primera correspondencia viva, creada por una lógica de congruencia en pleno dinamismo, tiende a paralizarse en una igualdad quieta, de tipo lógico aristotélico, de la que a menudo resulta un engaño. Decimos «agostar» tomando el verbo de funciones agrícolas que se hacen en agosto en los pueblos europeos y dándole sentidos figurados de acabamiento o de sequedad: «Se agostó su ingenio». Pero los americanos del Sur dirán mecánicamente lo mismo, utilizando ya un símbolo frío, vaciado de su contenido, puesto que «agosto» allí es pleno invierno y no ocurre en la vida agrícola ninguna de las peripecias que nutrieron el símbolo. Como cualquier periodista dice hoy, en son de elogio, «la bien cortada pluma», expresión nacida cuando, por ser de ave, las plumas se cortaban, y hoy ya seca de todo significado. Ya los estudiosos de la «mímica» y de la «fisionómica» (12) anotaron el hecho general del retraso de los gestos que se van secando de sus contenidos expresivos. Cualquier hombre de hoy, al anunciar a otro que le telefoneará, acompañará sus palabras moviendo en el aire la mano

como si girara la manivela de los antiguos teléfonos, en vez de emplear el gesto con que se manipula el disco del aparato automático.

Es la creación poética el esfuerzo más eficaz para mantener el lenguaje en pleno dinamismo y hacer revivir los símbolos que se desecan.

Como también es esa creación la que tanta intervención tiene en muchos procesos formativos del lenguaje. Rey Pastor se detiene, por ejemplo, ante el ilogismo de los géneros masculino y femenino otorgados a tantas cosas sin sexo. La verdad es que en el origen de las lenguas indoeuropeas no existía la división de géneros por sexos, sino únicamente la división de lo inanimado y lo animado. Realmente, el sexo tenía poca importancia, puesto que, aparte del hombre y la mujer, apenas había un corto número de animales domésticos en los que el sexo interesara, y a los que atendía la lengua por un procedimiento de heteronimia, empleando palabra distinta para el masculino o el femenino: así el caballo y la yegua, el toro y la vaca. Porque es la domesticidad la que exige la distinción del género. Los primeros poetas romanos dicen *columbus*, lo mismo para el palomo que para la paloma; pero Virgilio dice *columbus, columba*, porque ya se utilizaban los palomares e interesaba el sexo de dichas aves. El aumento de la domesticidad animal es lo que hizo ya que resultara demasiado gastoso el procedimiento de la heteronimia y empezara a distinguirse el masculino y el femenino por un cambio de desinencia con la misma raíz: *perro, perra*. La prueba es que los animales no domesticados—el ruiseñor que canta en el bosque fuera de nuestro alcance, la liebre que corre ante nuestros ojos, la perdiz que mata el cazador—no tienen masculino y femenino, porque sus sexos no son utilizados por el hombre en ninguna doméstica función. Pero al crearse así, por el procedimiento de la desinencia, los dos grandes grupos masculino y femenino, quedaba en el centro una inmensa zona neutra y asexuada, que por una ley ineludible había de ser afectada por la distinción de género. ¿Cómo había de desarrollarse este proceso? Ahí de la creación poética. Las lenguas más lógicas, en sentido aristotélico, menos imaginativas, formaron un gran género neutro central. Las lenguas imaginativas ampliaron a todo la distinción de género, por un proceso, en el fondo inexplicable, pero en el que corresponde la mayor parte a la impulsión poética. Por congruencias imaginativas—totalmente dentro del mecanismo de la creación poética—fué masculino el Sol y femenina la Luna, por correspondencia

de magnitud; y por fuerza y vigor, masculino el viento y femenina la brisa; y por evocación de los dioses que lo personificaron, femeninas la Victoria y la Fortuna; y «el mar» fué masculino para el hombre que lo teme en su orilla, y femenina «la mar» para el marino que con ella se familiariza de un modo casi matrimonial. Todos estos son productos de puros hallazgos poéticos. Aunque quede un enorme campo para lo ilógico e inexplicado, movido muchas veces por fútiles azares fonéticos, como ocurre en el diente y la muela, donde se da hasta la descortesía de que el varón pasa por delante de la hembra.

En realidad, la benevolencia que el algebrista ha tenido para el poeta, atribuyéndole hasta una función de coherencia lógica, correctora de los empirismos de la gramática, proviene de la esencia mucho más cognoscitiva de lo que el vulgo cree que lleva en sí la creación poética. La poesía no es una forma de emoción ni de vaguedad sentimental. Es una forma superior de conocimiento, un modo de intuición. Cuando Platón expulsaba a los poetas de su República ideal, no los expulsaba por desordenados o bohemios, como hoy pensaríamos, sino por poseedores de una fuerza cognoscitiva—la intuición—demasiado supra-racional, detonante y peligrosa, por eso, como un explosivo, para el buen orden de una Ciudad que él soñaba regida por la pura sabiduría racional.

No nos asustemos, pues, tanto de esta imprevista amistad del Algebra y la Poesía. El poeta no está fuera del mundo cognoscitivo, No son los poetas, que crean en una espléndida vacación de todo esfuerzo racional, los que se vuelven locos, sino los ajedrecistas o los contables que fuerzan la elasticidad de la potencia racional. Yo, que como escritor de espíritu hospitalario recibo no pocas visitas de locos mansos y sueltos, tengo observado que pocos me traen versos o sentimentalidades, sino que casi todos me traen proyectos de ley, cálculos cronológicos y, sobre todo, cuadros sinópticos donde pretenden meter a dos tintas todo el universo conocido. La locura es un vicioso empleo de la razón que ha roto su instrumento. No son los locos los exaltados de la emotividad. Son los borrachos de la razón.

De tal modo se mueve con legítima autenticidad la creación poética, dentro de esa correspondencia que nuestro compañero ha cifrado en términos de álgebra y que en el fondo pertenece a la función cognoscitiva, que se ha llegado a decir que las cosas no se conocen del todo hasta que se conocen poéticamente. No son los naturalistas ni los botánicos los que nos dan la imagen más vivida y usa-

dera de la Naturaleza. Son los poetas. Son Teócrito o Garcilaso o Keats. Cuando decimos «la rosa», la resonancia espiritual que nos produce la audición de la palabra o la visión del objeto, no es la rosa analítica de los científicos, clasificada en tal género y familia. Eso no está vivo en nuestra conciencia. Eso es preciso reanimarlo en ella con una buscada excitación espiritual. La rosa que está viva en nuestra conciencia, la que espontáneamente asociamos al objeto o la palabra, es la rosa de Anacreonte o de Rioja: esa acumulación de perspectivas estéticas y sentidos trascendentes que, conocida por los poetas de todos los tiempos, ha sido entregada al lenguaje como la rosa última y total.

Es fácil que alguien le coloque a este sabio esfuerzo del profesor Rey Pastor, como a mis modestísimas palabras de comentario, el consabido membrete que quisiera ser iápida sepulcral de todo intento especulativo: «¡cuestiones bizantinas!». Fué lo que se dijo de la famosa disputa de los «universales» entre los «realistas» que creían en una cierta realidad de los conceptos comunes, y los «nominalistas» que creían que éstos eran meras palabras: «cuestión bizantina» que aún sigue latente en toda la filosofía y que Rey Pastor sabe—y nos lo ha dicho—que está subyacente en el mismo pleito del lenguaje entre los empíricos y los idealistas. En el terreno neutral de la Lógica, Rey Pastor ha querido apaciguarlos con su tratamiento algebraico del lenguaje. ¿Cuestión bizantina también...? Quizá, si nos acordamos de que Bizancio, gran catalogador y ordenador de una herencia clásica que ya no era creadora, dió a muchas cosas el perfil, la forma y el orden con que nos son conocidos. ¿Y qué es una civilización si no se nos da de este modo: como algo codificado, reglado y teorizado?... Toda esa tendencia actualista y pragmática, desnudismo intelectual y sinsombrerismo del espíritu, desaseo de formas y ruptura de respetos, que alcanza con sus demoliciones desde la cortesía a la filosofía, acaso no es otra cosa sino un temerario repudio irresponsable de esa gigantesca «cuestión bizantina» que es toda nuestra civilización occidental.

Permitidme, pues, este último bizantinismo, que es la establecida y cortés bienvenida al nuevo compañero. Bienvenido a nuestra casa el gran matemático, que en su primer paso en ella, lejos de desecar el idioma, lo ha encarado desde un ancho sistema de algebraicas correspondencias que aloja tan hospitalariamente la creación verbal de los poetas. Vecinas han estado en esta sesión la Matemática y la Poesía, como en el viejo *cuadrivium* escolástico, frente a una

cultura ordenada hacia la suprema Unidad, lo estuvieron la Aritmética, la Geometría, la Astronomía y la Música. No olvidaron del todo los poetas estas viejas amistades. No hace mucho que Rafael Alberti cantaba aquellas vírgenes con escuadras y compases, que velaban las celestes pizarras donde el Angel de los Números volaba, pensativo, «del uno al dos, del dos al tres, del tres al cuatro». Ni hace mucho que otro poeta, encarando el sentido pitagórico de la música del maestro Falla, le decía :

*tu arte es el arte que el esfuerzo crea
sobre el segundo cielo sin aurora
donde cantan el Número y la Idea.*

Hoy, D. Julio Rey Pastor viene a pagar con sus fórmulas la visita que los versos le hicieron a sus predios. Y por eso, porque la Real Academia no quiere estar acampada en ninguna estrechez exclusivista, sino, al contrario, frente a ese mundo clásico de armonías superiores y fecundas vecindades, al entrar en nuestra Casa un gran matemático, por delegación de ella, ha salido a recibirle un pequeño poeta.

NOTAS

- (1) «Los procesos de España e Hispanoamérica en las Ciencias teóricas». Discurso leído en la sesión inaugural de curso, el 30 de noviembre de 1932.
- (2) TERRADAS (Esteban): *Julio Rey Pastor, hombre e investigador*. «Homenaje a Rey Pastor» (Rosario, 1945), vol. V, pág. 12.
- (3) «La hora verdadera». *La Opinión*, 1 enero 1950. «¿Por qué comienza hoy el año?» (*La Opinión*, 1 enero 1931). «El arte de medir el tiempo» (*Almanaque de la mujer*. Buenos Aires, 1929).
- (4) «La administración pública». *La Opinión*, 7 marzo 1931. «Enseñanza técnica y espíritu de cuerpo». *El Auxiliar de Ingeniería y Arquitectura*, 10 de mayo de 1925, Madrid. «La vocación científica». *La Nación* (Buenos Aires), 1923. «La Universidad Argentina». *La Razón* (Buenos Aires), 1925. «Valor educativo de la enseñanza matemática». *Síntesis* (Buenos Aires), 1927. Etc., etc.
- (5) Vol. 301 de la Col. Austral». Espasa-Calpe.
- (6) «Curso de Epistemología e Historia de la Ciencia», dictado en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Prólogo a la obra de TORANZOS «Introducción a la Epistemología» (Espasa-Calpe). «Epistemología de la Ciencia Renacentista» y «Epistemología histórica». Curso en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.
- (7) «Introducción a la Lexicografía moderna» (Madrid, 1950).
- (8) «Filosofía del lenguaje», *Revista de Occidente*, 1935.
- (9) «Obras». V edic. académica, pág. 14.
- (10) BALLY (Charles): «El lenguaje y la vida». Ed. Losada (Buenos Aires), pág. 216.
- (11) «Mystère en pleine lumière», pág. 64.
- (12) Vid. KARL BÜHLER: «Teoría de la expresión». *Revista de Occidente*.

OTRAS PUBLICACIONES DE J. REY PASTOR:

- «Introducción a la Epistemología de Aristóteles».—*Philosophia*. Vol. III. Mendoza, 1946.
- «Descartes y la Filosofía natural».—*Instituto de Filosofía*. Buenos Aires, 1937.
- «Descartes. Su significación en la Matemática y en la Filosofía natural».—Facultad de Ingeniería. 1937.
- «Newton químico».—*Chemía*. Vol. XIV. Buenos Aires, 1945.
- «Introducción al Diccionario Espasa-Calpe» (seis vol.). Buenos Aires, 1945.
- «Diccionario Filosófico» (en colaboración con el R. P. Ismael Quiles). Buenos Aires, 1952.
- «Ciencia libre y Sociedades científicas».—*Anales de la Sociedad científica Argentina*. Buenos Aires, 1949.

NOTICIAS BIOGRAFICAS

SOBRE EL PROF. JULIO REY PASTOR

CARGOS Y ACTIVIDADES CIENTIFICAS

Cargos directivos diversos en las Universidades de Madrid, Buenos Aires, La Plata y Cuyo; en la *Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas* y en el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* de Madrid.

Cargos docentes.—Profesor de Matemáticas superiores en las Universidades de Oviedo, Madrid, Buenos Aires, La Plata, Montevideo, Cuyo. Profesor de Epistemología e Historia de la Ciencia en la Universidad de Buenos Aires (1945-50).

Otras actividades.—Conferencias y cursillos en Bahía Blanca, Barcelona, Buenos Aires, Córdoba (R. A.), La Plata, Mendoza, Montevideo, Oviedo, Paraná, Rosario, San Luis, Santa Fe, Sevilla, Zaragoza, etc.

Conferencias diversas dadas por invitación de las Universidades de Génova (pres. de G. Lorial), Göttingen (pres. de F. Klein), Milano (pres. de Cisotti), Padua (pres. de Comesatti), Roma (pres. de F. Enriques). Recepción en la Academia de Ciencias de París (pres. de J. Hadamard).

Comunicaciones matemáticas diversas presentadas a las Academias de Ciencias de Lisboa, Madrid, París, Roma, Zaragoza... Notas y discursos inaugurales en congresos de la Asociación española para el progreso de las Ciencias (Granada, Valencia, Madrid, Valladolid, Sevilla, Cádiz, Oporto, Lisboa). Idem en las Jornadas matemáticas organizadas por la Unión Matemática Argentina en Buenos Aires, La Plata, San Luis.

Comunicaciones propias y de sus discípulos en los Congresos internacionales de Estrasburgo, Bolonia... Relator oficial de la *R. Accademia d'Italia* para el Análisis funcional en el *Congreso Volta* de Roma.

DISTINCIONES Y TITULOS HONORIFICOS

Premios de la R. Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid: Teoría geométrica de la Polaridad y Fundamentos de la Geometría proyectiva superior (premio del Duque de Alba). Premio de la Comisión nacional argentina.

Miembro correspondiente de diversas academias: Buenos Aires, Coimbra, Córdoba (R. A.), Lima, Lisboa, México, París, Zaragoza.

Miembro numerario de la R. Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid; y de *l'Académie Internationale d'Histoire des Sciences* (París).

Profesor honorario de la Universidad de Buenos Aires (1917). *Redactor honorario* de diversas revistas científicas: Revista de Ciencias (Lima); Ciencia y técnica (Buenos Aires), etc. *Miembro correspondiente* de la Sociedad Científica argentina.

En 1953 le ha sido adjudicado por el Comité de Londres uno de los cráteres lunares que llevaba el nombre de Faraday.

La lista de publicaciones completas hasta 1945 puede verse en la publicación de la Universidad Nacional del Litoral (R. A.) intitulada *Homenaje a Rey Pastor*, que ocupa los volúmenes V y VI de sus Publicaciones, Colección de memorias originales de matemáticos de varios países.



